Los Contemporáneos



LA VENUS DE LAS PIELES
LLÉVAME AL "METRO", MAMÁ
EL BENE DE CELESTINO

POR

Angel Torres del Alamo

y Antonio Asenjo

Núm. 699

20 Cts.

Los Contemporáneos

AÑO XIV.—NÚM. 699
15 JUNIO 1922

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

La Venus de las pieles

ACTO ÚNICO

La escena representa una academia de varietés instalada en un saloncito mono y coquetón. En las paredes postales y figurines de Retana. Puerta al foro y lateral derecha primer término. En el ángulo foro izquierda un piano con el teclado hacia la pared, dejando espacio suficiente para una banqueta en la que se sentará el maestro Cucharabias. Un diván en el ángulo foro derecha. Sillas y una mesita con periódicos. Sobre el piano chucherías. En la pared del foro dos espejos grandes. En uno dice: «La carcajada» (canción en tres llantos, dos desmayos y una llamada a escena). En el otro espejo: «Las últimas lágrimas», cuplé excéntrico bailo-desnudable. Gran éxito de risa. Un cartel con letras grandecitas, «Se ruega a las artistas no traigan más que una madre». Otro cartel, «La internacional: gran fábrica de pantorrillas. Se hacen a la medida y a presencia de la cliente». Otro eartel: «Se vende un carrito enganchado a un ex duettista que oculta su nombre por haberse quedado afónico».

ESCENA PRIMERA

MODESTINO, CUCHARABIAS *y* LA VENUS DE LAS PIELES. (*Al levantarse el telón está cantando los últimos compases de un cuplé la* VENUS DE LAS PIELES. *Una vez terminado el canto dice* MODESTINO:)

MODESTINO. — El cuplé lo domina usted brutalmente y de música está usted bestial.

VENUS.—Caramba, mi amigo, tiene usted un modo de elogiar que más bien parece un insulto. ¿De modo que usted cree que agradaré no más?

MODESTINO.—Agradar es poco; aplaudirán como salvajes y rugirán como tigres; ¿verdad, maestro Cucharabias?

CUCHARABIAS (*Saliendo de detrás del piano.*)—Exacto. ¿Tornará usted muy luego?

VENUS.—Sí, lueguito vendré.

MODESTINO.—La conviene a usted hacer un ensayo delante de las compañeras y de los amigos de la casa para que se vaya usted fogueando.

VENUS.—¿Cómo fogueando?

MODESTINO.—Para que vaya usted perdiendo el cerote, el canguelo.

CUCHARABIAS.—Modestino quiere decir que la conviene que la desaparezca el rubor.

VENUS.—Es que este hombre tiene un modo de decir las cosas... Y de mi contrato para el Salón Foz, de Lisboa, ¿qué hay?

MODESTINO.—Estamos pendientes de contestación; pero ya sabe que no pagarán más que dos viajes de ida.

VENUS.—Qué esperanza; uno para mí y otro para mi señora de compañía, ¿no?

CUCHARABIAS.—Como había pedido uno pára su señor esposo...

VENUS.—Si no le dan, que me espere en Madrid no más.

MODESTINO.—¡Qué bárbaro! Puede que le convenga estar separado de usted.

VENUS.—Es a mí a la que le conviene estar separada de él.

MODESTINO.—Parece que no le trata usted con mucho cariño.

VENUS.—Congeniamos poco.

CUCHARABIAS.—Pensarán ustedes de modo distinto.

VENUS. — Al contrario: nos casamos pensando los dos lo mismo. Yo creía que él me debía mantener, y él creía que le debía mantener yo. ¿No?

MODESTINO.—Hombre, yo no sé.

VENUS.—No quiere decir que sí.

MODESTINO.—¡Ah, ya! ¡Qué cosas más raras dicen estas paraguayas! ¡Ah! Antes de

que se me olvide. Tengo hoy que hacer unos pagos; ¿me podría usted abonar las instrumentaciones que la entregué ayer?

VENUS.—No.

CUCHARABIAS.—Ya has oído: que no las paga.

MODESTINO. — Pero si no quiere decir que sí.

VENUS.—Está usted muy equivocado; no quiere decir que no, ¿no?

MODESTINO.—Sí, no, sí...; no lo entiendo, la verdad.

VENUS.—Pues no se aplatane, que lueguito le traeré un platal. Oigame no más. Sigue viniendo ese señor don Coquito que se dedica a empujar artistas.

MODESTINO.—No falta, ni una tarde; la conviene a usted conocerle. ¡Qué bestia! ¡El dinero que tiene!

CUCHARABIAS.—Y como la conoce de referencias, anhela verla.

MODESTINO.—Si usted quisiera, a ese tío le sacábamos una barbaridad de cuartos con unos cuplés fabricados entre éste y Remigio Ruiz, que hace unas letras, ¡qué animal!, los éxitos que tiene.

VENUS.—Como he llegado resién, no me aventuro; pero en cuantito que lleve en Madrid diez días no más, exprimimos a ese canguro, porque será un canguro.

MODESTINO.—Usted lo ha dicho: un canguro de mar, no más.

CUCHARABIAS.—¿Vendrá usted pronto a ensayar?

VENUS.—Ya mismo. Tengo una baratta en la puerta.

CUCHARABIAS.—Pues teniendo una baratta...

VENUS.—Una baratta le llaman en Río, en el Brasil, a los autos chiquititos, porque allí a las curianas se las llama baratas, ¿no?

MODESTINO.—Sí. ¡Qué tíos, llamar a los autos curianas y vice al contrario! Pues hasta lueguito y tarde no más de un cuarto de hora. (*La acompañan hasta la puerta.*)

VENUS.—Hasta ahorita. (*Mutis.*)

MODESTINO (*Frotándose las manos.*)—¡El dinero que le vamos a sacar!... Chupamos en los trajes, chupamos en la música, chupamos en la letra, en las fotografías, en los contratos...

CUCHARABIAS.—Bien es verdad que cuando llegan a estrellas no dan ni agua. Oyé, ¿cómo no la has hecho el amor?

MODESTINO.—Porque tiene dinero. Si le hago el amor no le puedo cobrar los sextetos a dos duros. Menos madrigales y más administración.

CUCHARABIAS.—¿Tú crees eso del marido?

MODESTINO.—Sí, que quiere decir no. Esta se habrá casado en una baratta en Río.

ESCENA II

DICHOS *y el* SEÑOR SATUR, *de hongo, zamarra con vueltas de astrakán, palasán, bigote teñido*, etc.

SATUR (*Desde la puerta da con el palasán en el suelo.*)

Tran trarantán, tren tren
o una copita de ojén...

MODESTINO.—Pasa, Satur; ¡qué cuadrúpedo!; te traes un hongo que congestiona.

SATUR (*Sin quitarse el hongo afelpado.*)—Me vais a dispensar que no me quite esta carabela; pero he visto ahí, en la plaza del Progreso, estornudar a Mendizábal, y ya sabes mi lema: Antes morir que padecer la gripe. (*A Cucharabias.*) Oiga, melenudo, no salga a la calle, que hace un frío que pela. ¿Por qué no montáis la calefacción por vaho?

MODESTINO.—Mejor es por troncos.

SATUR.—Tengo yo un leño de encina así de grande, y perdonad la comparanza, y hace más de tres años que no precisamos brasero.

CUCHARABIAS.—Que no hemos venido en el corto.

MODESTINO.—¿Y cómo os arregláis?

SATUR.—Sencillísimo. Paso gimnástico con el leño al hombro, y al rato sudas como en Agosto.

MODESTINO.—¡Qué tarugo! Te has ganao un quince de Lozoya.

SATUR.—¿Beber? Eso es un castigo, digo, como que condenan a pan y agua. Miá que beber lo que sirve pa lavarse, ¡qué locura!

MODESTINO.—Es que tú soplas más que un huracán. ¡Qué mulo!

SATUR.—Me via a quitar del bebercio, porque cuando me ajumo, veo a mi suegra doble.

CUCHARABIAS.—Yo creo que el libar mucho no debe ser bueno.

SATUR.—No es bueno, no; es superior. El borracho no hace más que cosas razonables, y ejemplos al canto (*Como si contara por los dedos.*): Le pega a la mujer; habla mal del Gobierno; odia a los guardias; compra y no paga; tutea a todo el mundo; pierde la vergüenza y da vivas a la República.

MODESTINO. — ¡Qué bruto! Eres el más grande. No comprendo por qué no te llevas bien con tu mujer.

SATUR.—Si casi no nos hablamos. Cambiamos disgustos por el día y ronquidos por la noche.

CUCHARABIAS. — Menudo infierno tendrá usted en el hogar matrimonial.

SATUR.—Infierno es poco. No ve usted que bajo mi mismo techo hay tres personas que me revientan.

CUCHARABIAS.—¿Tres? No caigo.

SATUR.—Mi suegra, su hija y la madre de

mi mujer. Oye, y hablando de todo un poco: ¿ha venío mi chica?

CUCHARABIAS.—Ahí dentro está haciendo piernas.

SATUR.—Falta le hace. Tiene dos tramillas atás a la cintura.

ESCENA III

DICHOS, DOÑA ANGUSTIAS, DOÑA GREGORIA, BRILLANTINA, CARMELITA, LA CHICUELITO, LA MARMOTA *y* REMOGIO. *(Las muchachas entran con mucha alegría.)*

CHICUELITO *(Colgándose del cuello de su buen padre.)*—¿Le ha visto a usté madre?

SATUR.—Ni el Señor lo permita.

CHICUELITO. — Pues ya ha notao la falta del rayador y de las planchas.

SATUR.—Lo he empeñao en sesenta céntimos, pa castigarla.

CUCHARABIAS.—¿Vamos a ordenar esos sextetos? *(Mutis de Modestito y Cucharabias.)*

CARMELITA.—Paese que se retrasa don Coquito.

NIGRO.—Le habrá pasado algo.

REMIGIO. — Ya vendrá con una carga de bombones, como todas las tardes. Y a todo esto, ¿cómo tiene a su niña? *(A doña Angustias.)*

ANGUSTIAS.—Un poco mejor.

SATUR.—Ya me han dicho que bailando el inglés se cayó de bruces y se hizo tapioca la choquezuela.

ANGUSTIAS. — Y las dos tabas; ahora la tengo intoxicá.

REMIGIO.—¿Amores contrariados?

ANGUSTIAS.—No, que en la convalecencia se atizó un latigazo de legía que había yo echao en una botella del Mono.

SATUR.—Y gracias al dueño de un sanatorio de perros que hay en la casa ande viven, tiene hija.

GREGORIA.—¿Es verdá que han reñido ustés con el duque?

ANGUSTIAS.—A ver que vida.

SATUR.—Pues buena lanzadera le regaló la noche que se tomaron los dichos en casa de Camorra.

ANGUSTIAS.—Pero después se la llevó pa grabarle una fecha y en el escaparate de don Boni Eslava la hemos visto.

MARMOTA.—¿Y usté creyó que se iba a casar de verdá su chica con el duque?

ANGUSTIAS.—¿No se han casao reyes con pastoras?

SATUR.—Eso no ocurre más que con música de Luna y decorao nuevo de Martínez Gari.

GREGORIA.—Pos y los suerdos; en argunos cabaretes no se saca ni pa el tranvía.

ANGUSTIAS. — A mi niña la dan dos reales por cada botella que descorcha. Veintidós tapones juntó ayer, pero agarró una merluza tan disforme que ha estao durmiendo quince horas en el palco de la Empresa. ¡Ay, qué ganas tengo de que mi niña salga de su cuidao.

REMIGIO.—¿Para dedicarla al verso?

ANGUSTIAS.—No, hijo, para ponerla a criar.

ESCENA IV

DICHOS *y* DON COQUITO

COQUITO *(Entrando cargado de paquetitos de bombones.)* — Música, luz y alegría. *(Las niñas le rodean.)*

MARMOTA.—Creí que no venía usted.

CHICUELITO *(Le recoge el bastón.)* — ¿Se ha acordado usted de nosotras?

CARMELITA *(Le ayuda a quitarse el gabán.)* — ¿Qué nos trae usted, don Coquito? ¿Caramelos, bombones, latas de sardinas?

MARMOTA.—¿Agujas de ternera?

COQUITO. — Tomad, tomad. *(Reparte bombones.)*

SATUR.—Salud, don Procopio. A mí me da lacha llamarle a usté don Coquito; eche usté p'acá unos bombones pa hacer gárgaras.

COQUITO *(Dándole unos cuantos.)* — ¿Pero le gustan a usté estas chucherías?

SATUR.—Hombre, a mí las que me gustan son esas de bacalao a la vizcaína que hacen en Fornos.

COQUITO *(A Remigio.)* — ¿Y usted quiere?

REMIGIO. — Ya sabe usted que prefiero un buen puro.

COQUITO.—Ahí va un Henry Clay.

SATUR.—¿Le ha quedado a usted un hermano de ese señor? *(Coquito le da un puro.)*

CHICUELITO.—¿Y un regalo que me prometió usted ayer?

COQUITO.—Perdona, hijita, se me ha olvidado, pero... sí *(Mirándose los bolsillos.)* aquí está; para que no te quedes sin regalo, toma este décimo que es del sorteo de ayer; no le he visto en la lista.

SATUR.—Trae p'acá, tú.

CHICUELITO.—Pero padre, si me lo ha regalado a mí.

SATUR.—Deja, que a lo mejor está premiao con el gordo. *(Se guarda el décimo.)*

CHICUELITO.—También mi padre es de su pueblo.

ANGUSTIAS *(A Gregoria.)* — La verdá es que le están saqueando a ese pobre hombre. ¡qué modo de pedir! Don Coquito, dígame, ¿se ha acordado de aquellos bonos pal ropero de Santa Rita?

COQUITO.—Mañana.

ANGUSTIAS.—¿Y el sotabanco de esa casa de usted que se iban a mudar los inquilinos?

COQUITO.—No han encontrado cuarto.

ANGUSTIAS. — ¿Y el destinillo que le pedí pa mi hijo?

COQUITO. — Ese destino ya le dije que no podía ser.

ANGUSTIAS.—Amos, que con el metimiento que tiene usté con el señor de "Bisteiro". Ya ve usté, el pobre chico apenas ha cumplido los veinticinco años y no tiene ni pa fumar ni pa ir un rato al Colonial hasta las seis de la mañana.

SATUR.—Pero qué destino es ese.

COQUITO.—Nada, que quiere que le busque una plaza de cochero huelguista.

ANGUSTIAS.—Ya ve usté, son dieciocho realejos que da la Sociedad y no tienen que hacer na.

COQUITO.—Le repito que no se puede buscar una cosa para cobrar sin trabajar.

GREGORIA.—Anda que no; pues en mi casa vive un señor que antes le daban 5.000 pesetas de sueldo por ir al Ministerio tos los días y ahora ha pedido una cosa que creo le llaman el jubileo y le dan 4.000 por no ir más que el día uno a cobrar.

SATUR *(Abrazándole.)*—¡Ay don Procopio de mi alma! Si usté me consiguiera un jubileo de 4.000 pesetejas pa no ir, me hacía bizcaitarra.

COQUITO.—¿Cómo?

SATUR.—Bizcaitarra quié decir que me iba a un pueblo ande no viese a la parienta.

GREGORIA *(A don Coquito.)* — Y de lo de mi hermana, ¿qué hay?

COQUITO. — Ya lo sabe usted, yo lo pago todo; éste la hace un repertorio y Yáñez, que se sienta junto a mi padre en el Senado, la pone en Lara de fin de fiesta.

REMIGIO *(A Carmela.)*—¿Lo ves cómo se arregla? ¿Tú qué pierdes con que te haga un equipo Thiele?

CARMELA.—A mí lo que me achara es que me aposten la voz.

ESCENA V

DICHOS, MODESTINO *y* CUCHARABIAS

MODESTINO.—Hola, don Procopio.

CUCHARABIAS.—Salud, don Procopio.

COQUITO.—Hola, jóvenes.

MODESTINO.—Qué tío de suerte. Está usted de enhorabuena. La cupletista nueva, esa brutalidad de mujer, viene dentro de un rato.

CUCHARABIAS.—Y es casada ante Dios y ante los hombres del Juzgado.

COQUITO.—¿Pero usted cree que ha recibido de verdad el sacramento del matrimonio?

MODESTINO.—Yo creo que sí.

COQUITO.—El original, no; si acaso habrá sacado copias.

CUCHARABIAS.—Ella ha dicho que está casada legalmente.

COQUITO.—Entonces, el marido será, como muchos maridos, un administrativo.

MODESTINO. — Vaya un tío sacando consecuencias, ¡qué bárbaro!

COQUITO.—Bueno, pollos, como quiero quedar bien, voy a buscar unas flores para obsequiar a la nueva artista. Hasta ahora, señores. *(Mutis.)*

SATUR.—Ande va tan desbocao don Primavera.

MODESTINO.—A buscar unas flores pa darle coba a la artista nueva. Bueno, niñas, no perdamos tiempo; vámos a ensayar antes que vengan los alemanes a dar clase de baile. ¡Qué bestias! Tú, Cucharabias, arréale al clavicordio.

SATUR.—Se dice clavileño. ¡Amos, me paece a mí!

MODESTINO.—Vosotras mucha picardía, mucha osadía y muy poca vergüenza. *(Música.)*

(El cantable en la partitura.)

(Durante el número, el Señor Satur lleva el compás con los pies, con los ojos, con los brazos y al final se levanta e interviene.) *(Hablado.)*

MODESTINO. — El número resulta brutal, y este bárbaro le ha hecho una letra bestial ná más.

ESCENA VI

DICHOS, OTTOS *y* WALTER. *(Dos jóvenes alemanes: uno lleva un periódico en una mano.)*

WALTER *(Entra soplándose las manos.)*—Boínas y frioleras, como diría el fresco de Goya. *(Ottos saluda haciendo una inclinación de cabeza.)*

MODESTINO.—Hablas el castellano como un kanguro. ¡Qué zulú!

WALTER.—Yo quiera ensayar baile pronto; yo ensaya veintiocho horas todos los días con mi hermano mayor; yo está hermano pequeño y contra más ensaya, contra más difícil está la música chulaperona.

MODESTINO *(Cogiéndose a él para bailar.)* —Ven acá, cabezota; esto es más sencillo que tomar el caldo con tenedor. *(Tarareando sin música.)* Se coloca la mano derecha.

TODOS.—En la espina dorsal.

WALTER. — En la espina dorsal. Eso está mucho más megor dificil que Tanjauser. *(Coge a su hermano para bailar con él: tararean muy mal y bailan peor.)*

WALTER *y* OTTO.—Te colocas la manita de la derecha en la espina dorsial.

TODOS.—En la espina dorsal.

OTTO *(Muy serio.)*—Yo no poide bailar con mi hermano, yo no quiero bailar con mi hermano, yo prefiera también tampoco las pisadas de los taconsitos de tan aimables señoritas.

MODESTINO *(A dos muchachas.)* — Echarme una mano para que postineen estos dos beduínos.

CHICUELITO. — Bueno, pero hoy na más, porque arrean ca pisotón que desgualdrapan.

SATUR. — Vaya pinreles; son dos cochinillos dormidos. *(A Walter.)* Qué fuerza debe usté tener, compadre.

WALTER.—Yo hago el sueco con gimnasia.

SATUR.—Miá que levantar con una pierna sola ese tanque blindao. *(Por un pie: todos se ríen.)*

WALTER.—Yo no comprenda, pero nos reiremos. *(Se ríen los dos.)*

CUCHARABIAS.—Cuando quieran toco el fox que le dedico al gran Ricardo Wagner.

WALTER *(Enterneciéndose.)*—¡Oh, músico divino, oh kaiser del pentágrama! ¡Bac está Dios! ¡Bethoven higo de Dios y Wagner más higo de Dios! No hay ningún músico también tampoco ahora como Wagner.

OTTO.—Yo quisiera ser Faffner para comer música Bombiglia.

WALTER.—Yo cante maravillosamente Niebelungen no poide cantar espina dorsial. *(Al maestro.)* ¿Ensayamos?

MODESTINO.—¿Tan pronto?

WALTER.—Cosa esta tan horibele; ayer en baile con verbena y churitos en Embajada estamos hechos ridi.

REMIGIO.—¿Cómo?

WALTER.—Ridi, ridi, como dice piel roca Modestino. Yo diga sólo ridi; la otra mitad palabra yo no diga por ser atrevida.

SATUR.—¿Se le rompería a usted el pantalón bailoteando?

WALTER. — Más horibele; bailando un fox le pisé las dos rodillas a mi pareca, y caímos todos largos éramos entre la hilariada de los invitados. Horibele, horibele... el carcajeo.

SATUR. — Ahora que me acuerdo, perdone usted, señor de mosiú. ¿Me empresta usted ese periódico que trae la lista grande? *(Walter se lo da.)* Tengo un decimito y me da el corazón que me ha tocao... *(Mira el décimo y la lista. Todos esperan con impaciencia.)* ¡Dita siá!

CHICUELITO.—¿Qué pasa?

SATUR.—Por un número no he agarrao el gordo.

ANGUSTIAS.—Qué lástima.

GREGORIA.—Pero chupa usté la aproximación.

REMIGIO.—Mira que por un número.

SATUR.—A ver, el gordo es el mil y uno, y yo juego el 14.223. ¡Por un número! (*Se guarda el décimo.*)

CHICUELITO.—Pues el décimo lo pué usté tirar.

SATUR.—Lo guardo por la mera curiosidad de ver si sale en otro sorteo.

MODESTINO.—Bueno, bueno, que estos señores tienen prisa. A ver dos de vosotros.

CHICUELITO. — Cuando ustedes quieran. Venga el fox-trot wagneriano. (*Música.*)

(*El cantable en la partitura.*)

OTTO.—Muchas gracias, señorita.

WALTER.—Lo mismo digo, señorita.

SATUR.—¡Qué trío hacían estos dos con mi suegra!

MODESTINO.—¡Qué burros! Sois bailando dos peones camineros. Tú, Marmota, vámonos, que es tarde.

WALTER.—Nosotros nos pirramos también, como dicen chulapones. Yo convida a usted, señorita, a bocadilla.

MARMOTA.—Se pone usté tan pesao. Hasta mañana; buenas tardes. (*Mutis.*)

SATUR.—Vayan ustedes con Díos, monsieures.

MODESTINO.—Parece que se retrasa la Venus. Oye, Satur, mientras llega esa brutalidad de señora, ¿por qué no nos amenizas la tarde con el número ese que estás montando?

SATUR.—¿Qué dices?

MODESTINO.—Que todo se sabe.

GREGORIA.—¿Pero va usté a trabajar?

ANGUSTIAS. — ¿Pero ha montado usté un número?

REMIGIO.—Que callao se lo tenía.

CARMELITA.—¿Pero va a montar un número tu padre?

CHICUELITO.—Se ha empeñao en que le tomen el pelo y lo va a conseguir.

CARMELITA.—Señor Satur, ¿qué va usté a hacer?

MODESTINO.—El indio; está dudando entre tortolear, pastorear o raquelear.

SATUR (*Dando a Modestino un empellón.*) ¡Qué hipopótamo! (*A todos.*) ¿Pero de veras ignoran ustedes que me hago artista?

GREGORIA.—En *El Saltimbanqui* no ha venido.

SATUR.—Pues tengo pensás dos sandeces: dar yo solo un concierto por la Banda Municipal y después cantar un cuplé.

REMIGIO. — ¿Y cómo has pensao trabajar por primera vez en tu vida?...

SATUR.—Porque se han sindicaho mi mujer y su madre y me han locuteao el cocido. Ahora que, como se dé bien esto, me contrato para Figueira da Foz, y de allí, a quemar mis naves, como hizo el dueño de la calle de Hernán Cortés.

ANGUSTIAS.—Menudo disgusto le va usté a arrear a la parienta.

SATUR.—Ya verá lo que es la sombra de un padre.

MODESTINO.—Pues tú no les has dao más que sombra.

GREGORIA.—¿Va usté a hasé er trabajo de Luis Esteso?

SATUR.—No; me presentaré como imitador de pájaros, plantas y flores: simulador de fuegos artificiales y reproductor impresionista de la banda de mi pueblo.

MODESTINO.—¡Qué cabezota! ¿Cómo se te ha ocurrido hacer la imitación de la Banda Municipal?

SATUR.—Por cariño a mi Madrí y pa añudar los lazos hispánicos-norte-sur-americánicos; esto de la Banda lo guardo pa dar el golpe en todas las Américas que haiga en el otro mundo.

CUCHARABIAS.—Bien podía usté hacernos un pequeño adelanto de la Banda.

TODOS (*Palmoteando.*) —¡Que la estrene! (*A compás.*) ¡Que la estrene!

SATUR.—Me vais a dispensar, pero tengo intención de estrenarla delante de esa cupletista tan guapa que va a venir, a ver si la enloquezco, y hacemos un dueto; si queréis sus adelantaré el cuplé que ya tengo empezao.

TODOS.—Sí, sí.

SATUR. — Maestro. duro con el aristón. (*Música. Todos aplauden y Satur saluda emocionado.*)

(*El cantable en la partitura.*)

MODESTINO (*Hablado.*) — ¡Qué camello! ¿Cómo cantas? La voz no es de muy buen timbre.

SATUR.—Pues el gran tenor Tito es chispa tiene la voz pareja a la mía.

MODESTINO.—¿Pero tú le has oído?

SATUR.—Sí, en el Lion d'Or, de Barcelona. le oí pedir la lista.

ESCENA VII

DICHOS *y* LA VENUS DE LAS PIELES. *Entra elegantísima, con muchas pieles, y Satur se quita el sombrero.*

VENUS.—Con su lisensia.

MODESTINO. — Ha llegado la reina de la fiesta; todos cuantos aquí estamos somos sus admiradores; todos desean oírla para aclamarla, y hasta el último chispero, Saturnino Minguito y Ribirguti (*Satur hace una reverencia.*) se ha quitao el hongo en su honor.

VENUS (*Dándole la mano.*) — ¡Qué lindura!

SATUR.—Pues sepa usted, señorita, que esto de quitarme el güito es cosa que no hago más que en dos ocasiones: una cuando pasa el Viático; otra cuando veo una mujer guapa (*Estornuda cómicamente*), y siempre que lo hago me cuesta un resfríado.

VENUS.—Cúbrase no más; yo le garanto que estoy rendidísima a su atensión; cúbrase vos, ¿no?

SATUR (*Dice que no con la cabeza.*)—No; esta vez me juego la broncogripopulmonía y el dolor de costao a cara y cruz.

MODESTINO.—¡Qué hotentote! Ni que fueras diplomático.

VENUS. — Tengo espléndidas ausencias de vos y ardo en deseos de escuchá la originalísima imitasión de la maravillosa Banda Munisipal de que me ha hablao el señor. (*Por Modestino.*)

SATUR (*A Modestino.*) Fíjate, a ver si soy finolis. (*A ella.*) Voacé, señorita. me confunde con sus cálidos elogios; amos, que me hago un taco; pero yo no digo ni pío tan y mientras voacé no dé ocasión para aplaudilla. aclamalla u ovacionalla. Así hablan los hijos del Alcalde de Zalamea a sus hermanas. las bellezas nortesuramericánicas. ¡He dicho! (*Todos le aplauden.*)

VENUS.—Después de ese bello ditirambo cantaré no más hijito: pero antes he de inquirir una notisia. (*A Modestino.*) ¿Y el señor que tiene que empujarme? ¿Se ha rajao no más?

CUCHARABIAS.—Fué por flores para ofrendarlas a su belleza.

VENUS.—¡Qué gran país es España!

SATUR.—Y de España, Madrid. y de Madrid. el cielo y un agujerito para verlo.

VENUS.—Maestro, cuando le plazca a vos.

CUCHARABIAS (*Se levanta de la mesa en que escribe y se sienta al piano.*)

VENUS.—Sean benevolentes conmigo, que nunca trabajé ante público tan selecto e inteligente. (*Música. El cantable en la partitura. El final es una ovación imponente. Satur aplaude con locura al mismo tiempo que dice:*)

SATUR.—Bis, bis, bis. (*Se levanta y la abraza.*) Reciba usté un volquete de enhorabuenas; yo no he oído a la Storpio. pero ya quisiera llegarle a usté a la suela del zapato.

VENUS.—Grasias. grasias; estoy conmovida, emosionada; ¿creen que haré suseso?

SATUR.—¿Suceso? De la revolución que va usté a armar tendrá que declarar el estado de guerra.

VENUS.—¡Qué gran país es Madrid! Y ahora vos.

SATUR.—¿Después de vos? Ni a la fenetre te asomes.

VENUS.—No sea chancho y estrene su imitasión. amigaso. (*Le mira amorosamente.*) Yo le garanto que hará suseso.

SATUR.—No me mire vos (Soplando.), porque yo la garanto que... vos debe tener calefacción central, porque yo me asfixio.

VENUS (*Haciéndole fiestas.*) — Cante no más, mijito...

CHICUELITO.—Padre, que va usté camino del ridi.

SATUR.—Lo ha pedío el bello sexo, y yo

soy un esforzado palanquín de las damas... Conque hacer corro. (*Todos se acomodan; unos se sientan en sillas, divanes, etc.; otros en el respaldo de las sillas. Otros tras el piano, pero subidos en la banqueta y echando el cuerpo hacia la escena.*) Vosotros haceros cuenta de que estamos en el Uruguay, en el Paraguay o en el Gualeguay.

MODESTINO.—¡Qué camello sabiendo Geografía!

SATUR.—Yo me presentaré de madrileño del antiguo régimen.

VENUS.—¡Qué lindura de traje! Y cómo es ¿a la federica?

SATUR (*Paseando por la escena.*) — No. señora. Yo saldré con mi fraculín encarnado, con botones de nácar; mi calzón corto; mi chaleco de Bayona; mis botitas de caña: mi gorra de seda a cuadritos y un pitillo aquí. (*Tras la oreja.*) ¿Hay originalidad?

CHICUELITO.—Hay que ver lo chalao que está usté.

SATUR (*Mirando con desprecio a su hija.*) No hay hombre grande pa los suyos, como dijo muy bien López Silva. Escomienzo. Lugar de acción, la plaza del Avapiés, solar de mis mayores locuras; primer concierto popular de la Banda Municipal. Notas de un oyente.

CUCHARABIAS. — Programa: Chueca, Barbieri, Chapí, Quinito...

SATUR. — ¡Qué ignorancia! Programa: apertura de los maestros Canteros, Guañer. Entrada de los dioses Tras de la valla, Guañer. Lamentos de un sauce, para cuerda, León, caballo.

CUCHARABIAS.—Poca sustancia le sacaría usté a Leoncaballo.

SATUR.—Aquí hay cultura musical. Pa algo he sido cuatro años panderetólogo de la Efetiva del comercio.

ANGUSTIAS.—Pero ¿vamos a la imitación o no?

SATUR.—Figurarse la plaza del Avapiés con más gente que si fueran a darle garrote a uno. En el centro. una tarima como el redondel de Tetuán; los profesores en pie, ca uno con un fliscornio en la mano, y el maestro Villa, sobre un taburete, con un palito así. que era talmente la estatua de la Libertad iluminando al mundo. (*Se pone un dedo en los labios indicando silencio.*)

TODOS.—¡Chist! (*Con guasa.*)

SATUR. — Silencio negropolitano. (*Simula que da con la batuta en el atril.*) La melodía rompe las hostilidades. (*Imitando el gorjeo de siete pajarillos.*) Tituliri, tiruliri, chao, chao,. piriquí, piriqui, pi, pi, treing, reing. Pequeña pausa. Silencio escalofriante. Pequeña pausa. El maestro. con la batuta en do sostenido, venga pasar hojas de la partitura. (*Hace como que pasa hojas con la mano izquierda.*) Más hojas, más hojas, más hojas... El público como para ahogarse de tanto aguantar el resuello. De pronto se oye cantar, a lo lejos, el sinsonte y al tocoloro, en competencia. (*Imitación orustológica.*) Pi, pi. sorní. chau, tutau, rubau, Marsal, Rambal. Cospedal. Casal, Casal de Niiss... tiriri, plin, cata prim.

CHICUELITO.—¡Qué pedrá le van a arrear a usté, padre!

SATUR.—¡Calla, antifilarmónica! En esto oimos las trompas de mil elefantes. (*Imitando los trompetazos de una marcha.*) Pa pa pa pang pa, pang pa pang, pa pang pa pa pa pang pa pan pa pa pang pang pa paggg pa paggg. (*Mirando hacia su izquierda y como si hiciera los sonidos con la batuta.*) Pom, pom. pom. (*Mirando a todos lados nerviosísimo, agachándose y levantándose rápidamente; cruzándose el pecho con ambos brazos con mucha energía; dando cabezazos al compás de lo que dice y simulando que queda rendido.*) *Si se le salen los puños, muy gracioso, y si logra que uno vaya al patio de butacas, colosal.*) Tororon..., tororon pon chin pong cimpog chim pom pim pam pun pom. (*Muy rápido, se cae, quedando sentado. Todos le rodean, aplaudiéndole. Desde el suelo y con voz desfallecida:*) ¡Que no se ha acabao, que no se ha acabao! (*Todos vuelven rápidamente a sus sitios respectivos.*)

MODESTINO.—Pues hemos hecho el ridi.

SATUR (*Levantándose.*)—Nosotros sí que lo hicimos, porque la ovación que se chupó Villa fué de órdago; con deciros que lloramos más que el día que se nos fué Vicente Pastor. (*Saca el pañuelo para limpiarse una lágrima, pero antes da un pase con la izquierda.*) Está hecha la apoplegía de la banda.

GREGORIA.—¿Acaba usté?

SATUR.—Pero que isoflauto. Al ver que nos habíamos colao, enmudecimos y escuchamos la voz de un chico que dice (*Muy chulo.*): "Madre, ¿cuántos episodios tié esta monserga?" ¡Qué escándalo; ni que hubiá llegao Lenine! ¡Las patás que le arrearon al adolescente!

REMIGIA.—Como que la música domestica a las fieras.

SATUR.—Gracias a la cultura del pueblo y a unos cuantos lapos que sacudieron los romanones de a caballo, se apaciguó aquello y sentimós a los violonchuelos quejarse, suspirando muy bajito, muy bajito (*Imitando el violonchelo.*), ay ay ay ayy aayyy aaayyyy... (*Pequeña pausa.*) Ay ay ay ay ay ay ay. (*Muy natural.*) A poco vemós a los músicos pasear con los manos en los bolsillos. Por este pequeño detalle comprendimos que se había acabao. y espontáneamente surgió la ovación. Hasta los mancos aplaudían al maestro Vi-

lla; tanto, que si no se mete huyendo en el herbolario de la calle de la Fe, nos le repartimos. (*Se seca el sudor.*) Y ahora es cuando venían bien las palmas, porque ya he rematao. (*Todos le rodean y le felicitan efusivamente.*)

MODESTINO. — ¡Ven a mis brazos! ¡Qué burro! (*Un abrazo.*) ¡Qué mulo! (*El mismo juego.*) ¡Qué caballería! (*Va a darle otro abrazo. Satur se quita, y Modestino se cae. Desde el suelo le dice:*) ¡Qué carabao! Y no es elogio!

VENUS.—Sabroso, che, sabrosísimo.

SATUR.—Menudo dueto podíamos hacer usté y yo, porque en un periquete se aprende usté lo de la Banda, y usté a ganarlo y yo en la taquilla, a robar el dinero.

CARMELITA.—Su porvenir de usté está en las Américas.

SATUR (*Dándole un abrazo como para juntarle el pecho con la espalda.*)—Gracias, hija, tú me comprendes.

CARMELITA.—S; porque si no pega la música de viento, se pone usté er levitín colorao y a vendé chuletas e güerta.

CHICUELITO.—¿Y no sería mejor que las vendiera aquí?

SATUR.—Al rey de los dolares le llaman don Roque Feler. A mí me llamarán el rey de los Amadeos. ¿Qué duda...?

ESCENA VIII

DICHOS *y* DON PROCOPIO, *que entra con un espléndido ramo de flores.*

PROCOPIO (*Entrando.*)—La rosaleda a mi lado es un matojo. ¿Dónde está la Venus?

VENUS (*Que estaba de espaldas.*)—Mi marido se va a morir del susto. (*Volviéndose.*) Muy servidora de usted.

PROCOPIO.—¡Mi mujer! (*Se tapa la cara con las flores y le ofrece bombones.*)

TODOS.—¡Cómo!

PROCOPIO (*Hecho un taco.*)—Digo que ¡qué mujer! (¡Procuraré disimular!)

SATUR.—Se comprende que se haiga usté tambaleao delante de esa pochez; yo no la he tirao ya un pellizco por milagro. Cantando está pa comérsela.

PROCOPIO.—¿Pero sabe cantar?

MODESTINO.—Una burrada. (*Presentando.*) La Venus de las Pieles, brutal artista paraguaya... Don Procopio Hernán López... Aquí le llamamos don Coquito..., famoso descubridor de estrellas y Tenorio afortunado.

PROCOPIO.—No crea usted nada. (Me va a dar una congestión)

MODESTINO (*Quitándole el ramo.*) Tome usté el ramo que le regala don Coquito. (*A las chicas.*) Y vosotras no tengáis celos, que él os querrá siempre.

PROCOPIO.—(¿Para cuándo son las muertes repentinas?)

REMIGIO.—Pero, don Procopio, ¿qué le pasa? Si se le presenta su señora, no se asusta más.

CUCHARABIAS.—Ha sido la belleza impresionante de esa señorita.

VENUS.—¿Usted cree?

CHICUELITO.—Pues con nosotras no se ha quedado nunca así, y era más decidido...

PROCOPIO.—(¡Qué niña!)

VENUS.—Veo, señor, que tiene gran partido.

PROCOPIO.—Partido del todo.

VENUS.—¿Y es usted casado?

PROCOPIO.—Sí, señora... Del todo también.

VENUS.—Poco aprecio le tiene a su mujer no más, ¿no?

PROCOPIO.—Sí... La quiero mucho...

VENUS.—Será alguna vieja ridícula...

PROCOPIO.—Eso no; es tan joven como usted y tan guapa como usted.

SATUR.—Pues a mí me ha dicho usted alguna vez que era una señora inaguantable, fea... y de esas que, después de roncar, silban.

PROCOPIO (*Tapándole la boca.*)—¿No tiene usted nada que hacer en su casa? (*A Venus.*) No le haga usted caso, señora. ¿Y es usted casada, la verdad?

VENUS.—Sí, señor; con un miserable que no me hace maldito el caso... Un Tenorio, lo mismo que usted, y que reniega de mí, lo mismo que usted.

MODESTINO.—Pues eso sí que es verdad, porque nos lo dijo antes.

VENUS.—Y por eso yo me dedico a los cuplés, para irme sola por el mundo.

PROCOPIO.—¡No, eso no!

VENUS.—¿Y quién lo va a impedir?

PROCOPIO.—¡Yo!

SATUR.—¡Ande, qué repenterre!

PROCOPIO.—¿Me quiere usted escuchar y creerme lo que voy a decir?

MODESTINO (*A Venus.*)—Déjele, que no lo perderá.

VENUS.—Hable no más.

PROCOPIO.—(¡Haciéndose la americana está para comérsela! Pero, Señor, ¿por qué la he engañado yo?)

VENUS.—Muy elocuentito, mi amigo.

PROCOPIO.—Verá usted; yo la voy a hacer una proposición, y la juro, fíjese bien, la juro que no saldrá de mi boca más que la verdad. Es tal la impresión que su presencia me ha causado, que no creí que pudiera ocurrirme lo que me ha ocurrido.

VENUS.—Vamos, que le ha sorprendido a usted.

PROCOPIO.—Exacto. Pues bien; si usted quiere, yo la ofrezco un lugar en mi cora-

zón para que reine en él usted sola, lo oye bien, usted sola.

VENUS. — (¡Pobrecito, me da lástima!) Acepto... de momento, porque quiero ponerle a prueba.

VENUS (*Colgándose del brazo.*)—Señores, buenas tardes.

MODESTINO.—Hasta mañana, ¿eh?

VENUS.—Quién sabe; si este señor es un caballero que cumple su palabra, me retiraré del arte seguramente; pero como llegue a engañarme, me planto aquí a ensayar y luego a correr el mundo. (*A él.*) ¿No?

CUCHARABIAS.—¿Y usted no va a volver, don Procopio?

PROCOPIO.—Me parece que ésta es mi última conquista. (*Inician el mutis.*)

SATUR.—Eh, un momento. El décimo que le regaló usté a la chica no está premiao.

PROCOPIO.—Ya se lo dije a ella: "Toma este décimo, que no le he visto en la lista." Adiós. (*Mutis don Procopio y Venus.*)

SATUR. — Habrá tío chuflón. Bueno, niña, vámonos pa casa. (*Inicia el mutis.*)

MODESTINO.—Eh, tú, di adiós siquiera.

SATUR.—Perdone, estaba distraído. (*Al público.*)

Señores, quedar con Dios,
que me espera la parienta;
y aquí termina el sainete;
perdonad las faltas nuestras.

TELÓN

Llévame al "Metro", mamá

ÚNICO CUADRO

La escena representa la estación del Metropolitano en los Cuatro Caminos. Al levantarse el telón se supone que ha llegado un coche y varios viajeros hacen una pasada.

ESCENA PRIMERA

VIAJEROS 2.° y 3.° *y a poco,* DOÑA ISOLINA, MARTIRIO *y* CHANITO

VIAJERO 2.°—Colosal, chico, colosal. Se ve que nos europeizamos. En seis minutos, Puerta del Sol Cuatro Caminos.

VIAJERO 3.°—Más que colosal, asombroso. Yo he visto el tubo de Londres, el Metro de París y el de Buenos Aires, y te digo que no son mejores que el de la villa del Oso. Cuando ve uno esto se alegra de ser español.

VIAJERO 2.°—Y de vivir en Madrid.

VIAJERO 3.°—Hombre, te diré; Madrid sería el Paraíso terrenal si una buena mañana metieran a todos los políticos en un trasatlántico y los llevaran al interior del Brasil.

VIAJERO 2.° — Llevarse a los políticos y echarle agua al Manzanares, he aquí un ideal.

VIAJERO 3.°—Yo creo que esta maravilla merece que hagamos otro viaje.

VIAJERO 2.°—A las tres. Ahora te convido yo, y el retorno lo pagas tú.

VIAJERO 3.°—Hecho, y mañana aquí a la hora de las modistas.

VIAJERO 2.°—Pero que no te quepa la menor. (*Mutis. Salen doña Isolina, Martirio y Chanito, que es el novio de la niña.*)

ISOLINA. — Diga usted, Chanito, ¿es aquí donde se espera la salida del coche? (*Chanito se queda un poco atontado.*)

MARTIRIO. — ¿No oyes lo que te pregunta mamá? ¿Que si es ésta la sala de espera?

CHANITO (*Un poco azorado.*)—Sí, creo que sí. (*A la novia.*) ¡Guapa!

MARTIRIO.—¿Pero no lo sabes? ¿Entonces para qué me dijiste que habías estado junto a Don Alfonso el día de la inauguración? (*Lloriqueando.*) Sabe Dios dónde estarías. ¿Lo ves, mamá?

CHANITO.—Te juro que estuve; pero con el barullo y además que era de día. (*Como si hiciera memoria.*) No sé bien si fué aquí o allí, donde estuve hablando con el inventor del Metro que es muy amigo mío.

MARTIRIO.—No te vayas a crer que esto lo olvido yo, que día llegará en que yo conoz-

ca al señor Otamendi y sabré si me engañas.

CHANITO.—Eso que dices es una tontería, porque no se acordará. Aquella tarde hablaría con dos o tres mil personas y dentro de tres o cuatro meses no me recordará.

MARTIRIO.—Pero en tu cara de bobo ya se fijaría. Además que estoy muy disgustada porque cada vez me quieres menos; antes me traías flores y muñequitos y ahora ni una chuchería de todo a sesenta y cinco.

CHANITO.—Es que los bobos como yo, no dan cebo a los peces después de pescados.

MARTIRIO.—Eso es llamarme sardina. Vamos, mamá. *(Inicia el mutis.)*

ISOLINA. — ¿Irnos a pata desde los Cuatro Caminos al Puente de Segovia? Tú quieres llevarme luto. Y usted, Chanito, no haga rabiar a la niña, que tiempo tendrán ustedes de reñir.

MARTIRIO.—Ya buscaré yo quien me presente al dueño del Metro y lo sabré todo. *(Se pasean.)*

ESCENA II

DICHOS, MUNICIPAL *y* GUARDIA 2.º

GUARDIA 2.º *(Vienen paseando.)*—Pero dime tú verdá; si llegase el caso de concencia que te he planteao, ¿pa qué lao tirabas?

MUNICIPAL. — Yo siempre caeré con Don Melquiades del lao de la libertá endevidual del endeviduo, siempre que no se perjudique el coletivismo, el socialismo y el comunismo. Amos, más claro, pa que en tus cortas luces me entiendas, yo me sindiescotaría si nos subiesen el sueldo.

GUARDIA 2.º—¿Y si no te suben el sueldo?

MUNICIPAL. — Entonces me sindiestoco pa protestar. ¿comprendes? El caso es que los municipales nos suban el sueldo, ¿comprendes?

GUARDIA 2.º—De sobra. Bueno, y a todo esto se te da la enhorabuena, porque el ser guardia poliglótico tendrá una traducción en efetivo metálico.

MUNICIPAL. — Su poquillo de gratificación.

GUARDIA 2.º—¿Y pasaste mucho cerote al desaminarte de francés?

MUNICIPAL.—Quiá; tuve el santo de cara. Sólo me equivoqué una vez.

GUARDIA 2.º—¿Hablando o con la pluma?

MUNICIPAL. — Al traducir. Verás: Un señor Concejal, pa probarme, se fingió forastero y tuvimos un diálogo super en francés, terminando yo por decir en francés con un ácento bulevardier, que fué el asombro, todas las calles, callejuelas, plazas, plazuelas y callejones que tiene Madrid y a más las campanas para casos de incendio.

GUARDIA 2.º — ¿El Concejal chamullaría francés?

MUNICIPAL.—Ni parol. Allí no sabía el idioma de Félix Robert más que el Presidente del Tribunal; él fué quien, por favorecerme, me puso a dos dedos del fracaso.

GUARDIA 2.º — Cuéntame la coladura, pa reirme de ti.

MUNICIPAL.—Mira qué rico... No te creas que confundí el Sena con el Lozoya. Fué un momento en que se me fué el santo al cielo. Fíjate: ye, quiere decir yo, ¿comprendes? Ye, yo...

GUARDIA 2.º—¿No lo he de comprender? En francés todo acaba en e, menos los verbos que acaban en hache muda.

MUNICIPAL. — Atiende beduíno. Yo tenía que traducir ye, que es yo y cuanto más decía ye, menos pensaba en yo. El Presidente del Tribunal, para echarme una mano, me miraba, me hacía guiños y se daba golpes así. *(Se golpea el pecho.)* Yo, cá vez más azarao, no daba pie con bola, hasta que dije: Ye, quiere decir el chaleco del señor Teniente de Alcalde, y ¿pa qué? Aún se están riendo.

GUARDIA 2.º — Bueno, la cosa es que tú chupas por afrancesao.

MUNICIPAL.—Todo es poco, porque no se gana ni pa el agua que bebes. ¿Qué te crees que cuesta una coliflor? Cinco pesetas. Más que una bufanda.

GUARDIA 2.º—¿Cuántos chicos tienes?

MUNICIPAL.—Siete.

GUARDIA 2.º—Plántate.

MUNICIPAL. — No he terminao la oración. Siete y un encargo.

GUARDIA 2.º—¿Que está pa llegar?

MUNICIPAL.—Pero que en gran velocidá... y menos mal si no es como la otra vez, que fué doble pequeña.

GUARDIA 2.º—¡Qué suerte!

MUNICIPAL.—Loca. En cuanto escribo, me contestan.

GUARDIA 2.º—Me refería a la suerte de que haigas descendío de las paralelas.

MUNICIPAL. — He ascendido, porque este descenso es un ascenso.

GUARDIA 2.º—Si me hablas en francés, no entiendo ni jota.

MUNICIPAL. — Que estoy más considerao aquí abajo; ahora, que a mí me gustaba más el servicio de las paralelas. *(Misteriosamente.)* ¿Tú has visto machichear a la Chelito con *la* Agua Plateada?

GUARDIA 2.º — Estoy abonao a los jueves verdes de postín.

MUNICIPAL.—¿De modo que los jueves?

GUARDIA 2.º—Con decirte que no hay calefa y se suda a chorros.

MUNICIPAL.—Pues esas machichas jueverinas son sermones de pasión comparao con las paralelas.

GUARDIA 2.º—No me digas más; ¿te refieres al pantorrillaje?

MUNICIPAL.—Sube.

GUARDIA 2.º — ¿Más arriba de la chopezuela?

MUNICIPAL.—Sube cá viajera que desmorona y como yo tengo dos periscopios... ¿pa qué?

GUARDIA 2.º—Tendrá allí su estudio Demetrio, porque las pinta que derrumban.

MUNICIPAL. — Tan bien acabás, no se ven muchas... ¿A ti cómo te enajenan?... ¿la caña delgadita y luego más pa arriba el torneao, un si es, no es, más bien si es amorcillao, o te pereces por la ceporrez desde el tobillo?

GUARDIA 2.º—Yo nunca me he fijao en la caña... y ahora me explico por qué no te has plantao, teniendo tan buen punto.

MUNICIPAL. — Comprenderás que aquí me aburro más que un macero en un entierro. Yo me divertiría si tuviera la fortuna de tener la desgracia de que se me muriera la suegra.

GUARDIA 2.º—Pero, ¿no me dijiste el otro día que ibas de luto por ella?

MUNICIPAL.—Y no te engañé; voy de luto porque se ha venido a vivir con nosotros.

GUARDIA 2.º *(Se disponen a pasear.)*—Vamos a dar una vueltecilla. ¡Aguanta!... ¡Fíjate qué media docena de mujeres! ¡Es que desentumecen! *(Entran en escena* SEIS MODISTILLAS *que cantan su buen pasacalle.)*)

MÚSICA

(El cantable en la partitura.)

HABLADO

ENCAR. *(Al guardia.)* — Oiga, guardia; ¿usted que lo debe saber tóo, falta mucho pa que salga el coche?

MUNICIPAL. — Unos minutos. *(Mirándola mucho.)* ¡Camará, qué viajecito de ida y vuelta que haríamos los dos si usté quisiera!

ENCAR.—Gracias, pero no tomo ná entre horas. *(A sus compañeras.)* Dice el Municipal que faltan unos minutos; vamos a fisgonear esto, que m'han dicho que es lo mejor que hay en el mundo. *(Se supone que se pasëan viéndolo todo. Hacen su aparición* UN CARBONERO *y* UN ALBAÑIL*; los dos con una papalina de órdago a la grande.)*

ALBAÑIL. — Buenas noches, ¿se pué uno colar?

REVISORA.—¿Y el tiket?

ALBAÑIL.—Me lo he bebido...

REVISORA.—¿Que se ha bebido usted el billete?

ALBAÑIL.—¡Ah, ya! *(Se quita la gorra y de ella saca los billetes para que los piquen.)* Ahí van.

ENCAR. — Oiga, guardia... ¿van a regar ahora?

MUNICIPAL.—¿Por qué?

ENCAR.—¡Menudo par de mangas, acaban de llegar!

ALBAÑIL *(Mirando a todas partes.)*—Esto está, ná más que super... Lo que es el *progreso*... Se anda por el aire igual que por debajo de la tierra.

ALIFO. — ¡Unda! y por debajo del agua.

MUNICIPAL. — No le hable usté del agua, que se pué molestar...

ALBAÑIL *(Al carbonero.)* — Oye, Santiago... ¿qué te paece el *Tripolitano? (El carbonero hace por señas que no está mal.)* Pues ahora nos vamos a la Puerta del Sol, ¿quieres? *(El carbonero saca una ocarina del bolsillo y toca, mejor dicho, lo tocará el flautín en la orquesta, aquello de: "Llévame al "cine" mamá"...)* ¿Al cinini a estas horas?... Estás tocao...

ALIFO. — Diga usté, buen hombre... ¿por qué no nos toca usté un fostró o un tuesten?...

ALBAÑIL. — El amigo no es concertista; lleva la ocarina como intérprete, porque se quedó mudo de un susto y con el istrumento dice lo que quiere: atisbe. Santiago, ¿ande quieres que vayamos ahora? *(El carbonero echa mano a la ocarina y toca: "A beber a beber y a apurar..."* ¿Está claro?...

MUNICIPAL.—Como el sol... Ahora, que ya podía usar otro estrumento, porque no he visto ná más empalagoso que la ocarina...

ALBAÑIL. — ¿Más empalagoso?... La dulzaina... miá tú éste. *(El albañil sigue dando traspiés.)*

MUNICIPAL.—¡Eh, amigo! ¿Qué hace usté, que se va a caer?...

ALBAÑIL. — Estaba reflexionando que el agua debía ser encarná y el vino trasparente, pa que los taberneros no pudián bautizarle.

MUNICIPAL.—¿Y qué más tiene? Después de tóo, el agua no hace daño...

ALBAÑIL.—Anda, que no; pregúnteselo usté a los ahogaos. Además que el agua es pa castigar a los malos; recuérdense ustés del diluvio. *(Durante estas palabras, el carbonero ha estado enamorando a la Fernanda, que en este momento le da un empellón.)*

FERNANDA.—¡Arza allá! ¡El demonio del hombre! Nos ha cincograbao el mudo de la Filarmónica. *(El carbonero, ocarina en ristre, toca: "¡Qué mala entraña tienes pa mí!"*

FERNANDA.—Un carbonero, es muy poco pa mí. *(Carbonero toca: "Niña, de qué te las das...")*

ALBAÑIL.—A mi compadre le acaban de dar unas calabazas rellenas.

ANTONIA.—¿Y en qué lo ha conocido usted?

ALBAÑIL. — En la música. *(Entran* OTRA MADRE *y* OTRA HIJA, *muy decididas, sin pararse en la puerta.)*

REVISORA.—¡Eh, señora, que se la olvida!...

MADRE. — ¡Déjeme usted en paz!...

MUNICIPAL *(A Revisora.)* — ¿Qué le ocurre a usté?

REVISORA.—Esa señora, que no ha presentado él billete.

MUNICIPAL *(A la Señora.)* — Señora, que hay que presentar el billete...

MADRE. — Perdone usted, señor de guardia... pero es que hay cada hotentote en este Madrid. Estaba sacando los tikects para que vea mi niña lo que es un coche ferrotranvi-subterráneo, cuando siento que un niño bien de esos que no se andan por las ramas, sin reparar en que yo soy una señora auténtica...

MUNICIPAL.—¿Qué?

MADRE.—Se lo diré a usted al oído porque el rubor tiñe mi cara... *(Le habla al oído.)*

MUNICIPAL. — Comprendo su indignación...

ALBAÑIL *(Al Guardia.)*—¿A que sé lo que le ha dicho a usted? *(Le habla al oído.)*

MUNICIPAL.—Cabal.

ALBAÑIL *(Al Guardia misteriosamente.)*—Yo lo he hecho un montón de veces.

MUNICIPAL *(Con gran curiosidad.)* — ¿Y dónde es el sitio más a propósito para ensayar?...

ALBAÑIL. — ¡Anda, Don Aquiles! Pregúnteselo usté a un guardia.

MADRE. — ¿Qué hubiesen ustedes hecho en mi caso?

ALBAÑIL.—Si me lo hace a mí, le doy una patá que le hago un ocho.

MADRE. — Pues yo me he aguantado... *(Carbonero toca en la ocarina: "La donna e movile...")* Me he aguantado para no armar un escándalo, porque la que pierde es una; pero crean ustedes que me ha sentado como un par de banderillas; por eso he entrado sin fijarme en lo del ticket.

ALBAÑIL.—Pues vaya usted a que la piquen.

MUNICIPAL.—El *tikete*, señora... *(La señora entrega los tickets a la revisora y luego se sienta junto a doña Isolina.)*

ELEUTERIA *(A Alifonsa.)*—Oye tú, Alifonsa: ¿tú crees que no nos pasaremos toa la noche en esta cueva?

ALIFONSA.—Me tengo por que debe faltar muy poco. Oiga, guardia, ¿falta mucho?...

MUNICIPAL.—Ya le he dicho antes a su compañera que hora más, hora mènos, dos minutos.

ISOLINA *(Que se supone ha empezado ya a hablar con la señora.)*—Sí, señora; en este Madrid los hay como mantas. Ya he oído lo que le ha pasado a usted.

MADRE.—Y más que por mí, me apura por la niña, que es más tímida que una paloma. Ahí donde usted la ve, no ha tenido novio nunca, y es tan ruborosa, que no mira ni a los *maniquises* de las sastrerías.

PETRITA *(Hablando como una muñeca.)*—¡Mamá!...

MADRE.—¿Ve usted? Ya se le ha subido el pavo.

PETRITA.—¡Mamá!...

ALBAÑIL.—¡Aguanta, qué niña! Paece del Bazar X. *(Entran un chulo y una chula.)*

REVISORA.—¡Eh, caballero; el ticket!

CHULO.—¿Cómo ha dicho usté?

REVISORA.—El billete.

CHULO.—¡Acabaca ya!... Miá que son ganas de ponerles mote a las cosas! *(Los da, se los pican y pasa con la chula.)*

CHULA.—¡Arrea, qué buena gente viene!

CHULO.—Tira pa allá.

MUNICIPAL.—¿Adónde van ustedes?

CHULO.—Pues por el túnel ese...

MUNICIPAL.—De aquí no se pué pasar.

CHULA.—Oiga, guardia..., pero ¿está tóo así de iluminao?

MUNICIPAL.—Sí, señora.

CHULA.—Pues arrea, Reveriano, que nos han engañao... Yo creí que esto era como el cine. Vámonos p'al Niágara.

CHULO.—Ya que estamos aquí y nos hemos retratado en la taquilla, haremos el viaje de novios en el Metro...

MUNICIPAL.—Pero, ¿ustedes creían que esto estaba a oscuras?

CHULO.—Pero que cerrao a seises.

MUNICIPAL.—Pues están erraos.

CHULA.—Porque el señor de *Ota* no comprende su negocio.

CHULO.—Ahí le duele. Si ponen esto sin luz y dejan circular por los túneles con toa libertá, a robar el dinero...

MUNICIPAL.—Pues no tengo yo ganas nina de que se quede esto un día a oscuras...

ENCAR.—¿Pa qué?

MUNICIPAL.—Pa poner en práctica un chascarrillo muy gracioso.

ENCAR.—Cuéntemelo usté.

MUNICIPAL.—El día que en una aglomeración se corte la corriente, me doy un beso en una mano y en seguida le arreo una bofetá al que esté a mi lao que lo desmorono. Son bromas de salón. *(Carbonero toca en la ocarina "Y ven y ven y ven...")*

ALIFONSA.—¡Eh, don Papalina, que le llama a usté su compañero... ¿No ha oído usté el "Ven y ven"?

ALBAÑIL.—Ya le van ustés comprendiendo. ¡Voy! *(Se acerca al Carbonero.)* ¿Qué

tripa se te ha roto? (*Carbonero toca: "Mujer, — primorosa clavellina, — que brindas el amor..."*) Pero, ¿cuál es la clavellina? (*Carbonero indica por señas a Petrita.*) Pues díselo a ella...

ENCAR.—La verdá es que se entienden ustés perfectamente con el cacharro de barro ese...

ALBAÑIL.—Como que se pué decir tóo...

ENCAR.—¿Sí? Pues que le pregunte al empleao del tranvía que por qué no nos vamos ya, que es la hora.

ALBAÑIL.—Anda, y se lo pregunta.

MUNICIPAL.—Me gustaría de verlo...

ALBAÑIL.—¿Sí?... ¡Santiago! ¡Santiago!... (*Se acerca el Carbonero y, por señas, le dice al Albañil que qué se le ofrece.*) Acá, el representante de la autoridad, y acá, la dama, dicen que no eres capaz de preguntar por qué no sale el tranvía?

CARBONERO (*Por señas indica que aquello no tiene nada de particular. Llama, siseando, al empleado del Metro y, cuando éste se acerca, empuña la ocarina y, hablando como cualquier mortal, dice:*)—¿Me hace usté el favor de decirme por qué no salimos? (*Los personajes que hay en escena se ríen.*)

EMPLEADO. — Porque están arreglando el motor: cuestión de unos momentos...

ALBAÑIL.—¿Ven ustedes como sí que lo preguntaba?...

ALIFONSA.—Sí que están ustés de buen humor. Gachó..., y ahora, por añadidura, el motor descompuesto... Ya podía usté decirle al ocarinero ese que tocara algo pa distraernos, y tan y mientras nos da un desconcierto, usté pué aprovechar pa dormir la mona...

ALBAÑIL (*Hablando natural y como si le hubiese desaparecido la borrachera por completo.*)—¡Aquí se hace lo que usté mande y na más, que es usté más flamenca que un pasacalle.

ALIFONSA. — ¡Anda, Dios; pero ¿y la curda?

ALBAÑIL.—¿La curda? Es lo mismo que la mudez de ese; un truco pa alegrarnos la vida. Y no es que no me guste el soplen... ¡Santiago! Ven p'acá.

CARBONERO.—¿Qué hay c'hacer?

ALBAÑIL.—Que pa darle gusto aquí a la joven, que se va a tomar los dichos conmigo, en el tupi de Venancio..., de la Zarzuela...

ALIFONSA.—Del dicho al hecho...

ALBAÑIL.—Ya hablaremos. Ahora te tocas una pieza de concierto, que yo me la voy a cantar si el guardia lo permite.

MUNICIPAL.—De ninguna manera...

ALBAÑIL.—Entonces venga música. (*Música. El cantable en la partitura.*)

MUNICIPAL (*Hablado.*) — Bueno, ya está bien; que han tomao ustés este suterráneo por un cabarete con varietés (*Entra Viajero 1.°*)

VIAJERO 1.°—¿Quién da la vez?

ALBAÑIL.—Le advierto a usté que esto no es la Fuente de Galápagos.

VIAJERO 1.°—Entonces, ¿cómo hay que tomar el Trempolitano?

CARBONERO.—¡El Trempolitano! ¡Qué cultura! Se dice el Metropitánico!

VIAJERO 1.°—Bueno, ¿cómo hay que tomar eso que he dicho?

MUNICIPAL.—Pues a empellones.

VIAJERO 1.° — ¿Y sabe usté si hay que aguardar *un porción?*

ALBAÑIL.—Muy poco; hora más, hora menos, como dice el guardia, un par de días.

VIAJERO 1.°—¡Aguanta! Pues me voy a helar, porque con esta blusa tengo más frío que en la *Silberia.*

CARBONERO.—Querrá usté decir que hace un frío *seberiano.*

VIAJERO 1.°—Una cosa así. (*Mirando a todas partes.*) ¡Gachó! ¡Qué bien está tóo esto! Yo estoy encantao de ser madrileño, porque un tranvía en las alcantarillas, como éste, no le hay en el extranjero.

MUNICIPAL.—Lo que es la inorancia. En Nueva York, provincia de los Estados Unidos, hay uno mejor que éste.

VIAJERO 1.°—¡Ja, ja, ja! Si éste, según me han dicho, tarda seis minutos desde los Cuatro Caminos a la Puerta del Sol.

MUNICIPAL.—Pues aquél corre más.

ALBAÑIL.—Sí, ¿eh? A que no llega en seis minutos a la Puerta del Sol dende allí. ¡Qué va a llegar!

VIAJERO 1.°—Como que el nuestro funciona por la *entrelicidá*, como los *digeribles.*

CARBONERO.—¡Qué manera de *espeazar* el idioma. (*Durante el diálogo anterior, Martirio se ha ido acercando a Chanito, que lee en un periódico.*)

MARTIRIO.—¿Qué lees tan embobado?

CHANITO (*Aparte.*)—Ahora verás tú el bobo. (*A ella.*) El suceso de esta mañana. Un novio que ha degollado a su novia con un serrucho, por no creer las cosas que él la decía.

MARTIRIO.—¡Qué barbaridad! Pero, ¿tú no serás capaz de hacer conmigo una cosa así?

CHANITO.—Y con tu madre también.

MARTIRIO.—Vamos, no seas rencoroso. Mira, si me pides perdón, te perdono.

CHANITO (*La vuelve la espalda y empieza a leer entre dientes.*)—"El criminal se entregó espontáneamente y confesó su delito ante el juez..."

MARTIRIO.—Ya que eres tan bueno, quedas

perdonado... ; pero no me volverás a dar un disgusto, ¿verdad?

CHANITO (*Sigue leyendo el periódico.*)—"El detenido ingresó en la cárcel..."

MARTIRIO.—Así me gusta, que seas complaciente. Oye, ¿te has enterado de la huelga de novios en *Piladelpia?*

CHANITO.—Como se declarará aquí, si las mujeres no hacen ciertas concesiones; porque has de saber que los novios han subido mucho con la paz, porque somos (*Paseando y presumiendo.*) mercancía exportable que en el extranjero nos consideran como materia prima, y en cuanto que llega un joven no mal parecido tié que ocultarse, porque si no lo raptan.

MARTIRIO.—¿Pero tú no te irás?

CHANITO.—¡Quién sabe!... No ves que se puede uno divorciar en cuanto pasa la luna de miel.

MARTIRIO.—¡Qué hombres, Dios mío, qué hombres!...

CHANITO.—Pues mira que las mujeres; tiene miga lo que piden las *piladelpieras.*

MARTIRIO.—Pedirán lo que pedimos todas: novio.

CHANITO.—¿Novio? Escucha. (*Como si leyera.*) Sindicato bolcheviqui del amor. Sección femenil. Mujeres, atended: El sexo débil puede ser fuerte. ¿Cómo? Rompiendo las relaciones con el sexo fuerte, que se convertirá en débil. ¡Mujeres, a la huelga amorosa! Para que volvamos a cruzar la mirada. con el que hasta hoy pasaba por el rey de le creación es preciso que nos reconozcan los siguientes derechos: Primero. Supresión de la huelga de brazos caídos y manos débiles. Segundo. Contrato matrimonial forzoso a los ocho meses de relaciones. Tercero. Noviazgo obligatorio a los mayores de diez y siete años y menores de cincuenta y uno. Cuarto. Para cesar las relaciones, el novio lo avisará con una semana de antelación, para que la muchacha encuentre el sustitutivo. Quinto. Si un joven cambia de novia más de cuatro veces al mes, será condenado a casarse con una muchacha más fea que un perro chino. Con los que contravengan éste, se empleará el sabotage. Sexto. Desde el día de hoy, todos los varones, sea cual fuere su edad, estado y condición, pagarán una peseta mensual. Este dinero servirá para dotar a las carifeas, narilargas, deslenguadas, carinegras y tallicortas. Séptimo. Quedan exentos de pagar las multas los soldaos que estén para cumplir; los feos de Real orden; los que padezcan el baile de San Vítor; los que tengan que empinarse para coger un japel del suelo; los que tengan que agacharse para encender el cigarro en un farol; los curas de regimiento y los modistos afrancesaos.

MARTIRIO.—Verás como eso cunde, y entonces lloraréis, mientras nosotras reimos.

CHANITO.—Si eso cunde, os declâramos el locut.

CARBONERO.—Oiga usté, guardia, ¿usté es súdito de Garrido Juaristi, o le tiene usté que bailar el agua al director de Seguridá.

MUNICIPAL.—Soy un servidor de la villa del Oso y del Madroño. ¿Qué se ofrece?

CARBONERO.—Na; una curiosidá: que decía éste antes que este tranvía susuelero lo había inventao Edison, y yo digo que esto es obra de un compatriota.

MUNICIPAL.—Y tiene usté razón. ¿Ve usté aquel señor delgao, con lentes, que nos está mirando? (*El Carbonero dice que sí con la cabeza.*) Pues es el ingeniero señor Otamendi; vamos, el que ha hecho el Metro. (*El Carbonero simula con las manos que mira al ingeniero con gemelos.*)

MARTIRIO (*Se levanta.*)—¿Has oído? Aquél es tu amigo; llévame que le pregunte si es cierto que le viste romper una botella de champagne al rey.

CHANITO (*Temblando graciosametne.*)—Pero, Martirio, por Dios, no te obstines en ponerme en ridículo.

MARTIRIO.—Pues a decirme en dónde estuviste, a decírmelo.

CHANITO (*Entre dientes y muy azorado.*)—Vamos como si paseáramos hasta allá, que no hay gente, y te lo diré. (*Inician el paseo.*)

ISOLINA.—¿Dónde vais, niños?

MARTIRIO. — Hasta allí; volvemos en seguida.

CHANITO (*Aparte.*)—La voy a dar un pisotón como para que la corten la pierna por la rodilla. (*Siguen andando y desaparecen manoteando.*)

CARBONERO.—Mi padre, ¡qué hombre más grande! Poner el vino de las afueras a seis minutos de la bola de Gobernación... (*Se oye el ruido de un motor.*)

MUNICIPAL.—El coche que va a salir. (*Se agolpan todos, como temerosos de perderle.*) Haiga orden, que hay sitio pa tóos.

ALBAÑIL.—Municipalito. Antes de diez minutos, frente a Burgos Mazazo. (*La escena se queda a obscuras.*

MUNICIPAL.—Se fundió un tapón.

FERNANDA.—Caballero, haga el favor, que soy una muchacha honesta.

CARBONERO.—Toma, como me gustan. (*Se oye un beso y una bofetada.*)

MUNICIPAL.—Ya puse en práctica el chascarrillo.

CHANITO.—Me deben haber dao con una alpargata. (*Se hace la luz y se ve a Petrita con la cara llena de polvos; A Alifonsa, con un manchón negro en la cadera derecha, y a*

Chanito, con un bulto en la mejilla del tamaño de un queso de bola.)

MUNICIPAL (*A Chanito.*)—¿Le acaban de dar a usté un recao?

CHANITO.—Sí, señor. (*Llevándose la mano al carrillo.*)

MUNICIPAL.—Pues no era pa usté.

CARBONERO.—Pues si llega a ser pa él, no se encuentra la cabeza en dos semanas. (*Todos han corrido, como si fueran a tomar el tranvía.*) Paisana, que perdemos el último.

ALBAÑIL.—No le perdemos, y aunque le perdiéramos, no nos importaría, porque antes de dirnos tenemos que decir a nuestros paisanos (*Por el público.*) que esto de que tarde el coche y el apagón han sido dos trucos; ¿verdá usté, señor monocipal?

MUNICIPAL.—Exacto; pero acabe usté.

ALBAÑIL

Pues nada, que los autores
solicitan un aplauso
para el señor ingeniero
que ha hecho el Metropolitano.

TELÓN

El bene de Celestino

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de calle en la primera caja. Una tienda con puerta practicable. Sobre a la puerta un rótulo que dice: «Centro de pianos». Junto a la puerta un banco de madera sin respaldo y un par de sillas bajas.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR DAMIÁN, PACIANO *y* ELIGIO. *El primero es el amo del centro de pianos, y los otros dos, organilleros del mismo. Están sentados.*

PACIANO.—¿Es verdá, señor Damián, que el señor de Guarrido Jaristi, amos, el alcalde, va a consentir otra vez los pianos por la calle?

DAMIÁN.—Me paece que no le da por ahí.

ELIGIO. — Tendrá miedo que le hagamos competencia a la Banda muni-

PACIANO.—Miá que llevamos un rato largo sin decir este Pumbia es mío.

ELIGIO.—No vamos a tener más remedio que trabajar.

DAMIÁN.—De vagos que seis, sus dan congojas.

PACIANO.—Como usted tiene su almacén de pianos y su salón de baile, pues mal que bien saca usted pa los crueles de Castilla.

ELIGIO.—Y con lo ahorrativo que es el señor Damián.

PACIANO.—Como que regatea los billetes del tranvía.

DAMIÁN.—Vosotros lo que debíais hacer es lo que ha pensao Celestino; que, como hace tiempo está al *once* y se le ha acabao el físico, se las pira pa las Américas de Méjico.

ELIGIO.—Miá que es presumido el tal Celes. Nos quié hacer creer que las mujeres se han hecho sólo pa él.

PACIANO.—Y hasta Manolita, *la Pirris*, le ha dao ya la patá.

ELIGIO.—¿Y con qué parné cuenta pa aliviar?

DAMIÁN. — Con el producto del baile que se dé esta noche en mi salón.

ELIGIO.—Sí, sí; los invitaos van a paecer la música de San Bruno, tres filas de a uno.

PACIANO.—O la del tío Lamprón; dos filas de a uno y una de a dos.

DAMIÁN. — Lo malo es que hoy también se da un beneficio en el Dancin, Pepe el Piruli.

ELIGIO. — Ese sí que tié partido con las hembras.

PACIANO.—Duerme en una cama de palo santo, con somier y too...

DAMIÁN.—Milagrito será que no le juegue una trastá a Celestino.

ESCENA II

DICHOS, CELESTINO *y* SEVERIANO. *Celestino es un chulón un tanto maduro y le acompaña Severiano que es su* olé ya.

CELESTINO.—Salú bolcheviquis.

DAMIÁN.—Hola, Celestino y la compaña. ¿De ánde se viene?

CELESTINO.—Ahora sus lo diré; pero antes de que se me olvide. Oye, Damián, me ha dicho Antonio Cuculin que si le dejas un día el salón, que ya te lo pagará.

DAMIÁN.—¿Que me lo pagará?

CELESTINO.—Que lo diga éste. (*Por Severiano.*)

SEVERIANO.—Cabal.

DAMIÁN.—¿Y quién le fía a ese tramposo?

CELESTINO (*Presumiendo*).—Le fío yo.

DAMIÁN.—¿Y a ti quién te fía?

CELESTINO.—¡El! Vaya una pregunta.

DAMIÁN. — Pues, mira, le dices que con esto de la liga de las naciones no estoy pa ná... ¿Qué se sabe de los siete laureanos que me debes?

CELESTINO.—A la noche, después del baile, liquidaremos.

PACIANO.—Pero ¿te las piras pa las Américas?

CELESTINO. — Sin vacilación. ¡Qué fecha más acibará la de hoy! ¡27 de Noviembre!

SEVERIANO.—El mes de las bellotas.

CELESTINO. — Cuando toos haigan aliviao arrancaré la última hoja del calendario de mi vida pública.

DAMIÁN.—No t'apures que pué que ingreses en la reserva retribuída.

CELESTINO.—Con el superaví y las 200 pelañís que manda a toos los beneficios el señor Octaviano, el de la calle de las Provisiones, me iré en un tercerola a Santander y aluego, en un tragalántico, a Chiguaga a comer la dura media suela de la emigración voluntaria.

PACIANO.—¿Y por qué no te haces vegetariano?

CELESTINO. — Porque pa alimentarse tendría que oler las acacias de la Moncloa, y sus advierto que acabo de despreciar un destino.

ELIGIO.—¿Cuál?

CELESTINO.—Limpiar la vía del tren. Daban cinquito por kilómetro y la lija por mi cuenta. Os digo que estoy más aburrido... Como que hasta le he tomao horror al piri.

DAMIÁN.—Tú lo que debiste hacer es empalmarte con la señá Nemesia cuando enviudó.

CELESTINO.—Este cuerpo serrano que se ha de comer la tierra no se vende por un plato de lentejas. ¡Que lo diga éste! (*Por Severiano.*)

SEVERIANO.—¡Que se va a vender!... Y el día que le convidó á comer la Sargenta lloraba cuando sacaron una fuente de cocido con incrustaciones de chorizo de candelabro.

PACIANO.—¿De modo que estás en las últimas?

CELESTINO.—Mucho más allá, y paece mentira que me pase esto a mí; a mí, que jamás me han faltao los pápiros. ¡A mí, que jamás me han faltao las hembras!

DAMIÁN.—¡Ilusionista!

CELESTINA.—De mis triunfos sobre las mujeres hay testigos... Que diga éste. (*Por Severiano, que va a hablar y Celestino se lo impide.*) Y sino, no digas na. ¿Quién tiene ahí un pitillo?

DAMIÁN.—Se me han terminao.

PACIANO.—Yo me he quitao del vicio por el histérico.

CELESTINO.—No seas Colón; porque te han quitao el vicio los amigos y no te dan.

PACIANO.—Mentiri. Ahora uso esto. (*Saca un puro de brea.*)

DAMIÁN.—De brea. ¡Qué repuznancia!

CELESTINO.—Quiá; esto lo llena de Somatose. Vaya compraré tabaco pa que no digáis. Toma quince céntimos, Severiano; llégate al estanco y tráeme una cajetilla de verano. (*Al salir corriendo Severiano.*) Di que sean gordos: que son pa un músico. Bueno, y a lo que interesa. ¿Habéis visto el programa dèl baile?

PACIANO.—No; ¿los tiés ahí?

CELESTINO.—Aquí llevo las cuartillas, fijarsos. (*Saca unas cuartillas y lee. Acabando de leer.*) El ambigú, por cuenta del beneficiao, dispuesto siempre a convidaros, y el salón, a cargo del inspirado bastonero Manolo "el Pólvora".

ELIGIO.—¿Pero está entavía de bastonero en el baile?

CELESTINO.—Como que ganó la plaza por oposición; y ahí ties lo que cambian los hombres; cuando yo le conocí estaba inanimao; como que se tuvo que venir del pueblo achuchando el tren.

PACIANO.—Esta noche se te cuaja el salón.

CELESTINO.—Claripi; y eso que estoy un poco mosca porque el Piruli ha adelantao su beneficio pa apabullarme.

DAMIÁN.—Y que es un madrileño castizo.

CELESTINO (*Con desprecio.*)—¿Ese madrileño? Al *vice*, ese es un leño de Madrid.

ESCENA III

DICHOS *y* SEVERIANO

SEVERIANO (*Entrando.*)—Ahí van los pitillos.

CELESTINO (*Mirándolos.*)—¡Gachó, qué cigarros, están éticos.

SEVERIANO.—Pues los he pedido de Gijón.

CELESTINO. — Vaya tabaco. (*Reparte.*) Es que se va una cajetilla en el aire.

PACIANO.—Pa matar el tiempo, éste y yo (*Por Eligio.*) os jugamos al dominó lo que se tome.

CELESTINO.—Ya es. Severiano, dile al chico de la tasca de al lao que se venga con los *güesos* pa tomar el recao. (*Vase Severiano.*) Y tú (*A Damián.*) Sácanos la mesa de tresillo. (*Entra Damián en la tienda y sale al punto con un retrato de un torero pegado sobre una tabla.*) Vamos a arreglar los asientos. (*Ponen el banco, para sentarse uno a cada extremo, y las sillas, una a cada lado del banco, para que los ocupantes puedan ir de compañeros.*)

DAMIÁN (*Saliendo con el retrato.*)—Ahí va, y tratarlo con cuidao, que es de palo santo. (*Paciano y Eligio se sientan en las sillas y Celestino pone el retrato, a guisa de mesa o tablero, sobre el banco.*) Supongo que jugaréis algo pa los mirones.

CELESTINO.—Eso es viejo.

ESCENÁ IV

DICHOS, SEVERIANO *y el* CHICO DE LA TABERNA. (*Entra Severiano con el Chico de la Taberna, llevándole de una oreja.*)

SEVERIANO.—Toma el recao, galán, que pué que hoy se retire tu amo del negocio.

CHICO.—¿Qué va a ser?

PACIANO.—A mí, media copita de Sol y Sombra.

ELIGIO. — Yo, medio chico de blanco con tapa.

SEVERIANO.—A mí, unas gotas de licor del Polo.

CHICO.—Le advierto a usted que mi establecimiento no es la Botica de la Reina Madre.

SEVERIANO.—Entonces un quince con seltz.

CELESTINO.—Y una Madalena pa enjuagarte, ¿verdá?, ¿y tú, Damián?

DAMIÁN.—Lo mismo que tú.

CHICO (*A Celes.*)—¿Qué toma usted?

CELESTINO.—Yo, nada.

DAMIÁN.—Eso es un subterfúgio. Sacúdete una copita de *doña* María *Brisar.*

CELESTINO.—En la taberna no se tratan con esa señora.

DAM.—Entonces, un vermutito de veinte.

CELES.—Y a mí. (*Mutis Chico.*) Severiano, siéntate ahí. (*Celes se sienta a horcajadas sobre el extremo izquierda del banco, y Severiano en el otro. Las fichas que trajo el Chico las han echado sobre la improvisada mesa. Después de mover las fichas.*) ¡A ver el seis doble!

ESCENA V

DICHOS; DON JULIO *y* SEVERINA

D. JULIO.—Buenas tardes.

CELESTINO (*Pone una ficha, dando un fuerte golpe.*)—Aquí está, mírale. (*Don Julio se asusta.*)

DAMIÁN.—¿Qué desean ustedes?

D. JULIO (*Mirando con cierta escama a Celestino.*)—Nosotros queríamos un organillo de los buenos.

CELESTINO (*Jugando.*)—Me enrosco.

SEVERINA.—Papá. Ese hombre dice que se enrosca.

DAMIÁN.—No haga usté caso. Quié decir que se dobla. (*Cara de extrañeza en la muchacha.*)

CELESTINO.—¿Conque usted quería un piano de los buenos?

D. JULIO.—Sí, señor. Mi niña ha salido de su cuidado anteayer. (*Celestino mira a Severina como admirándose de que salga a la calle a los tres días del alumbramiento. Don Julio se percata de la malévola intención de Celestino.*) Me refiero a mi niña la mayor, que está casada.

CELESTINO.—¡Ah! ¡Ya!

D. JULIO.—Y queríamos festejar con un pequeño baile el nacimiento de un robusto infante.

CELESTINO.—Para eso sería mejor la banda de Alabarderos. Me enrosco.

PACIANO.—Paso.

CELESTINO.—Anda, que ya te he dao en la coquera una vez.

SEVERINA.—Papá. ¿qué es coquera?

CELESTINO.—Quió decir que l'he dao en la chirola.

SEVERINA. — ¿La chirola? ¡Tampoco sé lo que es!

D. JULIO.—Sí, mujer, la chirola es... la coquera. Pero vamos a lo nuestro. ¿Qué me va usted a llevar por un piano?

DAMIÁN.—¿Es para mucho rato?

D. JULIO.—No, señor; desde las cuatro de la tarde de mañana hasta el día siguiente.

DAMIÁN.—¿Le conviene a usted uno que tenemos con timbales y lira y toda la pesca?

D. JULIO.—¿Y eso que vale?

DAMIÁN.—Pues con dos pianistas para relevarse..., treinta y cinco pesetas.

D. JULIO.—Carísimo.

CELESTINO.—Se lleva usted el mejor Pumbi del establecimiento...

SEVERINA. — Diga, ¿tiene "el Relicario? Porque, sino, no le quiero.

CELESTINO.—Anda, ya lo creo, y "la peli...

peli... peliculera me llaman a mí", y si lo toco yo, ni Campanini.

SEVERINA.—Le advierto a usted, caballero, que Campanini no tocaba el organillo.

CELESTINO.—Pues era un iznorante, porque es la mar de fácil.

D. JULIO.—Bueno, vamos a lo nuestro. Me hará usted una rebajita.

DAMIÁN. — No puedo. Tiene el "Rosendo, ¿qué estás haciendo?", que es la última moda. Es lo que se toca en toos los salones.

D. JULIO.—Entonces mándeme otro que no tenga "el Rosendo".

SEVERINA.—No, papá; yo quiero ese, yo quiero ese.

D. JULIO.—Pero, niña, nos vamos a arruinar.

SEVERINA.—Un día es un día. ¿Qué más da?

D. JULIO.—Bien; lléveme ese. ¿Hay que dejar señal?

DAMIÁN.—Basta su palabra honrá. ¿Aónde hay que mandarlo?

D. JULIO.—A la calle de Hermosilla, noventa y cuatro, piso quinto.

DAMIÁN.—¿Hay ascensor?

CELESTINO.—En la casa de enfrente.

D. JULIO.—Vaya, servidor de usted y muy buenas.

SEVERINA (*Al mutis.*)—¡Ah!, que manden ustedes con el piano dos chicos finos.

CELESTINO.—Descuide, que irán éstos (*Por Paciano y Eligio.*), que son especiales pa bodas y bautizos. ¡Camará, qué niña más esmirriá! A ésta no le da un novio ni el patrón de los cines.

DAMIÁN.—¿Y qué santo es ese?

CELESTINO.—San Antonio, el de las tentaciones. (*Jugando.*) Me enrosco. Y sino, no. Voy a cerrar. ¿Fichas?

PACIANO.—Tres.

ELIGIO.—Dos.

SEVERIANO.—Cuatro.

CELESTINO.—Cerrao. Estáis cargaos de tinta. (*Se levanta Severiano, y como Celestino hace peso al extremo del banco, se cae, arrastrando en su caída el tablero y las fichas.*) Tú atropellao, que has emborronao la cuenta.

PACIANO.—Es igual. Tú pagas hoy, y ya continuaremos la partida.

ESCENA VI

DICHOS y "EL PÓLVORA"

PÓLVORA (*Saliendo.*)—Pero que muy buenas.

CELESTINO. — Hola, señor de bastonero, ¿qué pasa?

PÓLVORA.—Dos horas llevo buscándote para que me des más invitaciones. Hay una cosa que en cuanto la leen, toos quieren ir.

CELESTINO (*Presumiendo.*)—Lo del beso en la mejilla del beneficiao.

PÓLVORA.—Tampoco.

CELESTINO.—¿Las flores verbales?

PÓLVORA.—No es por ahí. Lo del beneficiao dispuesto siempre a convidaros.

CELESTINO.—Como que está con escuela. Ca copa que se tomen por mi cuenta es un frasco que pagan ellos, porque se les calienta la boca.

PÓLVORA.—Anda, que si les da por beber cosas finas...

CELESTINO. — Menuda pedrá me dan aquí. (*Por el bolsillo del chaleco.*)

PÓLVORA.—A propósito de cañonazos. ¿A que no sabéis a quién he visto en un simón?

CELESTINO.—A Lecumberri.

PÓLVORA.—A tu ex novia. A Manolita, "la Pirris". Iba con un señorito más pequeño que un reloj de pulsera.

PACIANO.—Esa tié la obsesión de los señoritos.

SEVERIANO.—Y no sé cómo no escarmienta, porque tú la has obsequiao muchas veces. (*Haciendo ademán de pegar.*)

CELESTINO.—¡Cosas del querer!

ELIGIO.—Antes de ocho días volvéis a las andadas.

PACIANO.—De seguro. No ves que éste es más sufrido que un traje de dril.

CELESTINO.—Lo que no me va a hacer pero que ni tanto así de gracia (*Junta el dedo gordo con el índice.*) es que vaya al baile esta noche.

PÓLVORA.—Pues si se ha enterao de que es tu beneficio, va de seguro.

PACIANO (*Con guasa.*)—Ganas de que se pierda un hombre, porque éste, en cuestión de amores, es un *ledopardo*.

PÓLVORA.—Iban en el coche totalmente como don Juan y doña Inés.

PACIANO.—Y el cochero, ¿qué?

CELESTINO.—El cochero sería la señá Brígida.

PÓLVORA.—Se hacía el trastornao.

CELESTINO (*De mal humor.*)—A esa la tengo yo que rizar los bucles con el palasán.

PÓLVORA.—No pienses en ella, y haste el rejuvenecido. A otra cosa, ¿me das las invitaciones?

CELESTINO.—Ahí van.

PÓLVORA.—Hasta luego.

PACIANO.—Aguarda, que nos vamos contigo. (*A Celes.*) ¿Qué organillo vas a llevar?

CELESTINO.—El del "Acuérdate de mí", que está sin estrenar.

PACIANO.—¿Pero no lo alquiló el caballero de endenantes?

CELESTINO.—Sí, pa mañana por la tarde.

ELIGIO.—¿Te quedas?
CELESTINO.—Voy a probar el piano.
PACIANO.—Hasta luego.
CELESTINO.—No faltar.
ELIGIO.—Descuida. (*Vanse.*)
CELESTINO.—No quiás pensar, Severiano, si esta noche se me llena el salón, la revolución que voy a armar en Chiguagua. Va a ser más soná que la conquista del Rastro por Fernando el Séptimo.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

La escena representa un salón de baile. Puertas laterales primero y segundo término topes. En la segunda un letrero grande que dice: «Ambigú». Un mostrador empotrado en la puerta con botellas, vasos, etc. Varios bancos forrados de vaqueta. Cuatro espejos grandes con los siguientes letreros. (Un letrero en cada espejo). «La inmejorable del comercio», bailes de familias el martes, «Los jueves gran concurso de bailes inglo americanos». «Los viernes no hay baile; gran vigilia». «El lunes la sociedad el Cerote libre dedicará su baile anual a varios distinguidos tachueleros». En otro sitio visible habrá pintado un estandarte y en el centro y en letras grandes lo siguiente: «Cervezas», «Vinos de la tierra», «Menta y amoniaco». En sitio conveniente un piano de manubrio con la funda puesta apoyado en la pared un bastón grande bastonero. Habrá otro cartel que diga: «Vale entrar con delantal y a los caballeros bailar con gorra y sin corbata. No se permite pagar a las señoras». Al levantarse el telón hay mucha animación y alegría. De izquierdá a derecha en el centro del salón están en actitud de bailar con sus respectivas parejas Celestino con una muchacha, Severiano con otra, Eligio con Paquita y Paciano con Antoñita. Ellos tienen sujetas las piernas por el tobillo con un pañuelo y apenas ha subido el telón o un momento antes las personas que hay en el salón aplauden. Entonces se destacan cuatro invitados y cada uno de ellos desata el pañuelo a uno de los bailarines. (Se supone que acába de terminar el concurso de baile).

ESCENA PRIMERA

Todos los personajes que se han mencionado antes.

CELESTINO. — Oye. Pólvora. (*Se acerca a Pólvora.*) Ahora di què se va a nombrar un jurao del público para que contigo conceda el premio al que haya bailao mejor.
PÓLVORA.—¿Y a quién saco?
CELESTINO.—Al Carpanta, que ya está conforme en darme el premio.
PÓLVORA.—Respetable público, ahora se va a reunir el jurao, compuesto de un servidor y un señor de ustedes, pa que se vea la legalidad.
CARPANTA.—Allá voy.
PÓLVORA.—Entoavía no he escogido. (*Busca entre los concurrentes como buscando uno determinado y, por fin, se encara con el Carpanta.*) ¡Tú! ¿Quieres ser del jurao?
CARPANTA.— Ya he dicho antes que sí; pero te advierto que soy muy severo. (*Se acerca al Pólvora y cambian en voz baja hasta tres palabras.*)
PÓLVORA. — Respetable público. El jurao, después de amplia y discutida deliberación, ha acordado conceder el premio a Celestino Bermúdez, quien puede recoger el premio anunciao. (*Los invitados se acercan a felicitar a Celestino.*)
CELESTINO.—Gracias, que todo el mundo tome por mi cuenta lo que quiera. (*Al Pólvora.*) ¿Te has fijao cómo está el salón y qué manera de ir al ambigú.
PÓLVORA.—Pero me parece que menudeas los convites.
CELESTINO.—Quiá, ya sabes que ca copa que yo pago es un frasco qeu apoquinan ellos.
PÓLVORA.—Oye, ties ahí un duro.
CELESTINO.—Este, pero es sevillano.
PÓLVORA.—Venga, casará.
CELESTINO. — Con dos pesetas me dejas; menos mal que luego me abarrotaré de papiros.
PÓLVORA.—¿Te ha mandao la carta con la pasta el señor Octaviano?
CELESTINO.—No, ya sabes que llega siempre a última hora. (*Los invitados pasean, van al ambigú y toman cosas. Todo menos estarse, como ellos, pasmaos en escena. Entran en escena* MANOLITA "LA PIRRIS", *y* CARLITOS, *un pollo bien vestido y muy bajito.*)
CARLITOS (*Dirigiéndose a Pólvora.*)—¿Tiene usted la bondad de decirme si ha empezado el baile?
PÓLVORA.—Hace un quinquenio.
CARLITOS (*A Manolita.*)—No importa.
ANT.—Anda, la Pirris con un pagüé; será el del coche.
PACIANO.—Y paece un chico adinerao. No hace quince días que entrampilló a un gachó que tenía lo suyo, y se lo ha comío tóo.
ELIGIO.—Y ese de ahora, ¿quién será?
PACIANO.—Debe ser el mondadientes. (*Sale el* MOZO *del ambigú con una bandeja de copas y tropieza en el hombro a Carlos.*)
MOZO.—Ahí van las copas que pidieron antes. (*Se las beben.*) ¿Quién paga esto?
PACIANO.—Estas copas son de pizarra.

SEVERIANO.—Apuntáselas a Celestino.

MOZO. — ¿También éstas? (*Se retira el Mozo.*)

CARLITOS.—¿Tú no habías estado nunca en un sitio de éstos?

MANOLITA.—En jamás. No he estao en más baile que en uno de niños en la Zarzuela.

CARLITOS.—Me enloquece la inocencia de esta criatura.

PACIANO.—¿Sus habéis fijao en la Pirris, cómo se hace la longui pa no saludar?

PAQUI.—Ya sabéis que cuando va con un señorito no se junta con nosotras.

SEVERINA.—¡Y qué satisfecha está!

ELIGIO.—En cuanto la vislumbre el Celes y la brinde una guantá, cambia. (*A Celestino, que ha estado hablando con unos y con otros.*) Oye, Celes, mira quién está ahí.

CELESTINO. — ¡La trepanación! Como no guarde compostura, salen en la posdata de "Los Sucesos".

PACIANO (*Aparte.*)—Ella en "Los Sucesos" y tú en el "Sol y Sombra".

MANOLITA (*A Carlos.*)—Carlitos ¿has pagao al cochero?

CARLITOS.—Se me había olvidao.

MANOLITA. — Ya ves qué bueno ha sido; nos ha llevado por calles extraviadas. Dale buena propina.

CARLITOS.—¿Cuánto?

MANOLITA.—Tres pesetas.

CARLITOS.—Es mucho.

MANOLITA.—Anda, riquín, dáselas.

CARLITOS.—Pero ¿por qué tanto?

MANOLITA.—Porque el cochero es mi pobre padre.

CARLITOS (*Al Pólvora*). — Diga, ¿no hay quien baje a pagar un coche?

PÓLVORA.—Yo mismo. (*Carlos y el Pólvora se separan un poco.*)

CARLITOS.—Déle usted tres pesetas de propina. (*Mutis Pólvora. Carlos da dos palmadas. Acude el mozo.*) Tiene usted champagne de la Viuda de Cliquot.

MOZO.—Ende que se queó viuda esa señora no la hemos visto el pelo. ¿Quiere usted sidra?

CARLITOS. — No, queremos champagne.

MOZO.—Cinco ojos de buey que se ahorra usted. Parece buen parroquiano; le voy a dar una sorpresa.

MANOLITA.—Me alegro que no haiga champán, es muy caro y pican las narices. Me gustan más esas gaseosas que tienen una bolita drentro.

PACIANO (*A Celes.*)—Creo que ha llegado la hora de colisear un poco. (*Ademán de bailar.*)

CELES.—¡Pólvora! ¡Pólvora!

PÓLVORA.—¿Qué ocurre?

CELES.—Que empieza el armonium la última tocata; que es tarde. (*Por Manolita y Carlos.*) Cómo bailan esos sicalíticamente; van a granizar mamporros. (*El Pólvora coge el bastón y da tres golpes en el suelo. Empieza el baile.*)

PAREJA SEGUNDA (*Chalina y la Sinfo.*)

CHALINA.—¿Bailamos, prenda? (*Salen bailando.*)

PÓLVORA (*A Chalina*). — ¿Una corbatita, si pué ser? (*Juego del pañuelo. Pareja tercera. Paciano y Antoñita.*)

PÓLVORA (*A Paciano*).—Oye, tú, la boinita. (*Pareja cuarta. La Sole y otra.*)

PÓLVORA.—Niñas, que las mujeres solas no puén bailar.

CELES. (*A Carpanta.*)—Vamos a partir esa pareja.

CARPANTA.—Arzando.

CELES.—Hay dos pa dos. (*Lo hacen. Pareja quinta.*)

SOLE (*A Celes*).—Se ha fijao usté en esa de la falda negra qué delgáa está.

CELES. — Es que las mujeres son de dos clases: estéticas, como tú, y sintéticas, como ésa. (*Pareja sexta: Carpanta y la sintética. Pareja séptima: Eligio y la Paquita.*)

PAQUITA. — Coge un pañuelo pa la mano. (*Pareja octava: Carlitos y Manolita.*)

CARLITOS.—Sabes, nenita, que bailas muy bien.

MANOLITA. — Pues es la primera vez que bailo el agarrao. (*Pareja primera, nada. Pareja segunda.*)

SINFO.—Bueno está ya.

PÓLVORA.—¿Por qué no continúas?

SINFO.—Porque este hombre no me baila a izquierdas. (*Se suelta.*)

PÓLVORA. — Cuidao, que no haiga rebullicio. (*Se han apelotonado algunas parejas. Pareja tercera, nada. Pareja cuarta, desapareció. Pareja quinta.*)

CELES.—Esta socia se podía hacer rica pisando uva.

INVITADO 1.º (*Entrando*). — Hola, Celes, qué animao está el baile.

CELES.—Que te den una copita.

INVITADO 1.º — Buena pareja te has apañao. Qué bien lo irás pasando.

CELES.—Se va tirando, na más. (*Pisotón.*) ¡Ay! Voy, chato. (*La deja.*)

DAMIÁN.—Si no te he llamao.

CELES.—Ya lo sé. Ha sío pa soltar a la pareja, que es procedente del Bazar del Obrero. (*Parejas sexta y séptima, nada. Pareja octava.*)

CARLITOS.—Vamos a refrescar.

MANOLITA.—Bueno. (*Se sientan.*)

CELES.—Caray, qué amartelaos están.

MOZO (*Descorchando*). — La señora viuda que ha llegado en el corto.

CARLITOS.—No decías que no había champán.

MOZO.—Por usted, voy al fin del mundo.

MANOLITA.—¡Atchis!

CARLITOS.—Ya te has constipado.

MANOLITA.—Quiá, como esto es tan fuerte, me pica el gañote.

CARLITOS. — ¿Por dónde has bebido, nenita?

MANOLITA. — Por aquí. (*Dándole la copa.*)

CELES.—Yo no aguanto más. Si permanezco callado me da un ataque de linfatismo. Chico, deja el armonium. (*Dirigiéndose a Carlitos, y con guasa, pero muy azorado.*) Pollo, pollito. (*Le toca suavemente en un hombro.*) La verdá es que hay hombres con suerte. Lo digo al respective de la cronomolitografía que se ha traído usted al salón. (*Carlitos se levanta y, muy orgulloso, le pone en el hombro la mano a Celes; al mismo tiempo le dice*:)

CARLITOS.—Oiga usted, señor de beneficiado. ¿Verdad que Manolita es la muchacha más bonita del baile.

CELESTINO (*Dándola un empujón*).—Te ha tocao en la doctrina este escrúpulo de señorito.

MANOLITA. — ¿Y usted, por qué alterna aquí?

CELESTINO. — Porque tengo derecho desde que vendiste la vergüenza por un caldo de gallina y una blusa de trece pesetas.

SEVERIANO (*Que se ha percatado de que va a haber bronca, le dice a Paciano*).—La atmósfera huele a garrotazos. Yo me difumino. (*Se va al ambigú.*)

CARLITOS. — Oye, monita mía, ¿quién es ese hombre que te tutea?

MANOLITA.—Debe ser un borracho. Háblale fuerte, verás cómo se calla.

CARLITOS (*A Celes*).—Le advierto a usted que esta señorita corre por mi cuenta.

CELESTINO.—Como correr, sí que va a correr de una patá que la voy a dar yo.

CARLITOS.—Eso lo veremos.

CELESTINO. — Y a usted también, como se ponga tonto. (*Interviene la gente para separarlos.*) Calma, que no pasa ná.

CARLITOS.—Espérame en casa, muñequita, que estás delicada y no puedes tomar disgustos.

MANOLITA (*Mutis*). — Me voy pa darle a ése en la cabeza.

CELESTINO (*Queriendo cogerla*).—¡La desgravación! ¡¡Pues no se marcha!! Yo me cebo con este señorito.

CARLITOS.—Usted me tiene que abonar daños y perjuicios.

CELES. — ¿Sí? Pues vaya por usted. (*Se abalanza hacia él y Carlos coge una silla para defenderse. Intervienen algunos.*)

CELESTINO.—Yo me peleo con armas iguales. Deje usted la silla.

CARLITOS.—No, si la he cogido para que me lleven a la Casa de Socorro cuando usted me pinche.

PACIANO (*A Celes.*)—¿Pero es que te vas a estropear tú mismo la fiesta?

CELESTINO. — Ya sabes que yo no mojo bajo techao.

CARLITOS.—En la calle le espero.

PACIANO.—Oye, Celes. Te advierto que ese pequeño no parece manco.

CELESTINO. — Se le puén dar dos puñalás de ventaja.

PACIANO.—Pero ¿vas a buscarle?

CELESTINO.—Pa los embolaos no s'han menester picadores. (*Al mozo.*) Tú, pon unas copas de aguardiente pa la vuelta. (*Vase.*)

PACIANO.—Si ese pollo no ha agüecao el ala, le va a dar una que se le va a caer el párpado.

ELIGIO.—No pasará ná.

SEVERIANO (*Entrando y mirando a todos lados*).—Oye, Paciano, ¿y Celes?

PACIANO. — Ha ido a matar a uno, pero vuelve en seguida.

CHALINA (*Al invitado 1.o*).—Ya está eso. El Piruli quedará satisfecho de mí.

INVITADO 1.o — De seguro que has hecho una de las tuyas.

CHALINA. — No, una broma delicá. (*Riéndose.*) ¡Pobre Celestino! Si no me ves, no me busques, que, en cuanto pueda, me largo por la puerta de atrás.

SEVERIANO.—Me escama esta tardanza.

PACIANO.—No hay cuidao.

SEVERIANO.—Yo voy a buscar a Celestino.

ELIGIO.—Y yo contigo.

POLVORA. — Y yo... (*Se dirigen hacia la puerta, en cuyo momento entran dos individuos que traen a Celestino hecho un guiñapo.*)

PACIANO.—¿Qué ha sido eso?

ELIGIO.—¿Qué te ha pasao?

CELESTINO.—Ay, mi mare, qué palizón.

CHATO.—¿El que te han dao?

CELESTINO.—El que le voy a dar a esa en cuanto regañe con el señorito. (*Los que le oyen se ríen.*) No sus guirriéis de la desgracia. ¡Ha sido el campeonato del balompié! Yo era el balón y el señorito... (*Haciendo como que va a dar una patada y cogiéndose la pierna por efecto del dolor.*) ¡Ay! y el señorito era el pie. (*Aparta a todos, que hacen corro para verle.*) Llego al portal y allí estaba el señorito esperando. Le miro, me mira, le reto, me reta, me rasco, (*Haciendo ademán de sacar un arma.*), se sonríe, me abalanzo, y cuando yo iba a darle la primer guantá se me aparecen ocho señoritos más y no queráis pensar la ensalá de tortas que me han dao.

DAMIÁN.—¿Pero tú habrás dao lo tuyo?

CELESTINO.—Claro que he dao lo mío ¡¡too el cuerpo!! no tenéis más que mirarme. Ya podéis figuraros; pa recibir las guantás éramos un ducto el hongo y yo, y para dar eran un nueveteto. De primeras me atizaron un puñetazo en el güito que si se encoge como me encogí yo no le pasa ná. (*Enseña el sombrero.*)

PACIANO.—Si lo tengo pronosticao: los señoritos y las setas no se sabe lo que son hasta que hacen daño.

DAMIÁN.—¿Y cómo te dejaron?

CELESTINO. — Hecho unos zorros. Bueno, acabaré de contaros la escaramuza. De primeras ya sabéis lo que me dieron, pues, de segundas; veréis, de segundas, me atizan un puñetazo en las narices y una oleá de sangre me cegó, y ciego ya, me abalanzo y empiezo a repartir sombrerazos. Sombrerazo que daba gofetá que recibía.

PACIANO.—¿Y diste muchos sombrerazos?

CELESTINO.—Tantos que... tuve que hacerme el accidentao pa que no me mataran, y en esa incómoda posición me descubrieron éstos.

DAMIÁN (*Riéndose*). — Pues no te avergüences, que ha sido una retirada honrosa.

PACIANO.—Anda, veste al ambigú y refréscate.

CELESTINO.—Me van a tener que poner el tafetán por metros.

PAQUITA (*A Paciano*).—Bueno, tú, que ya es tarde ¿aliviamos?

PACIANO.—Cuando quieras.

ELIGIO (*A Antoñita*).—¡Vámonos también nosotros!

CELESTINO. — Echar la última copa. (*Se acercan al ambigú y beben.*)

INVITADO 1.º—Adiós y que sea enhorabuena. (*Paciano, Eligio, la Antoñita y la Paquita, y otros invitados, se van despidiendo de Celestino, que los acompaña hasta la puerta, después de haber hecho alto en el mostrador, detrás del que está el mozo.*)

DAMIÁN (*A Severiano y Pólvora, misteriosamente*).—Oir ¿cómo está Celes de jayeres? (*Acción de dinero.*)

SEVERIANO.—Palmao. Vive, Velas, 2.

DAMIÁN.—Pues escuchar. Entre el alquiler del salón y las convidás, me debe más de ochenta duros. (*Sigue el desfile de invitados.*)

HERMANA 1.ª—Ya nos podía usted convidar a coche, que buen dinerito cogerá.

CELESTINO.—Así lo espero. (*Muy contento.*) Ahí van dos pesetas.

HERMANA 1.ª—Que se repita pronto. (*Sigue el desfile.*)

CELESTINO.—Gracias a Dios. Ha llegado el momento solemne. Ahora a ser rico.

DAMIÁN.—¿Qué hay?

CELESTINO.—¿Me pués liquidar?

DAMIÁN.—Ya lo creo.

CELESTINO.—El dinero no me lo des hasta mañana, sólo quiero saber los ingresos aproximaos.

DAMIÁN.—¿A cuánto crees que asciende la cuenta del ambigú?

CELESTINO.—Doscientas pesetas.

DAMIÁN.—Sube.

CELESTINO (*Muy contento.*)—Trescientas.

DAMIÁN.—Sube.

CELESTINO (*Loco de alegría.*) — ¿Cuatrocientas?

DAMIÁN.—Por ahí, por ahí.

CELESTINO (*Abrazándole.*)—Olé la contabilidad. Me voy á Chiguagua en miriplano.

DAMIÁN.—A otra cosa. ¿Tú recuerdas dónde te iban a dar una pedrá?

CELESTINO (*Señalando el bolsillo del chaleco.*)—Aquí.

DAMIÁN.—Sube.

CELESTINO (*Señalando el bolsillo interior de la americana.*)—Aquí.

DAMIÁN.—Sube.

CELESTINO.—¿Cómo?

DAMIÁN. — Que no es ahí tampoco. Es aquí (*Por la cabeza.*) donde te la van a dar, si no me pagas las cuatrocientas pesetas que me debes del alquiler del salón y de lo que se han bebido los amigos...

PÓLVORA (*Sentenciosamente.*)—Por cuenta del beneficiao, dispuesto siempre a convidarlos.

CELESTINO.—¿Pero qué dices?

DAMIÁN.—La chipén. Que aquí ni el gato ha tomao una copa de su chaleco. Que tú te has pasao la noche convidando a too el mundo...

CELESTINO.—Pa que se calentaran la boca...

DAMIÁN.—Pues ahora vas a pasar tú la calentura.

CELESTINO. — Quién iba a pensarlo. Son toos unos gorrones. (*Aparece en la puerta de entrada un chico con una carta en la mano.*)

CHICO.—Don Celestino Bermúdez. (*Vase el chico.*)

CELESTINO (*Cogiendo la carta.*)—Las doscientas plumas del señor Octaviano. (*Dando vueltas a la carta.*) Aquí hay algo más que una epístola. (*Abre el sobre, sacando una papeleta de empeño y una carta. Lee rápidamente. Con desaliento y poniéndose los dedos índice y corazón en el cuello.*) Me la han dao en la yugular. (*Al Pólvora.*) Toma, léeles a esos la orden del día.

PÓLVORA (*Leyendo.*)—"Querido Celestino: Por una distracción he empeñao en el Monte tu capa, creyendo que era la de Severiano. Pa no perjudicarte te envío la papeleta, por si gustas sacarla con el dinero del baile. Per-

dona las faltas de ortografía, porque escribo con lápiz. 28 de Noviembre."

SEVERIANO. — Noviembre, el mes de los muertos.

CELESTINO.—Sí, el mes de los muertos de frío. ¿Y ahora qué va a ser de mí?

DAM.— Regenérate y a trabajar como yo.

CELESTINO.—¿Trabajar yo, a los treinta y cinco años?

PÓLVORA (*Aparte.*)—No se ha quitao más que doce.

CELESTINO.—Antes que trabajar prefiero un bebedizo.

DAMIÁN.—Bebedizos, no. Tú ties que trabajar hasta que liquidemos.

CELESTINO.—¿Qué dices?

DAMIÁN.—Lo que oyes. Me hacía falta un mozo.

CELETINO.—Mi postín, mi reputación, tôô por los suelos.

DAMIÁN.—Pues ya pués empezar a barrer tu postín, y tu reputación, y too.

CELESTINO.—Un favor.

DAMIÁN.—¿Qué se te ocurre?

CELESTINO.—Que me escuches un momento.

DAMIÁN.—¿Qué te pasa?

CELESTINO.

Solamente
que me guardes el secreto.
de cómo acabó sus días
este pobre postinero.
Y aquí terminó el sainete,
perdonad sus muchos yerros.

TELÓN

Ángel Torres del Álamo

y Antonio Asenjo.

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.

Servicios de la Compañía Trasatlántica

Línea de Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 19, de Gijón el 20 y de Coruña el 21, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz el 16 y de Habana el 20 de cada mes, para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 4, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires el día 2 y de Montevideo el 3.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 25, de Valencia el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30, para New-York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz el 27 y de Habana el 30 de cada mes con escala en New-York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Servicio mensual saliendo de Barcelona el 10, el 11 de Valencia, el 13 de Málaga, y de Cádiz el 15 de cada mes, para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de La Palma, Puerto Rico y Habana. Salida de Colón el 12 para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Servicio mensual saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.
Regreso de Fernando Póo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos Cantábrico a New-York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.


3 0112 115874973